Horacio Vázquez Rial

La libertad de Italia

(postfacio de Juan Luis Cebrián)







Relato de las últimas jornadas de un hombre en fuga, acosado por el miedo que su propia condición le inspira. La muerte no es para él un castigo, ni siquiera una interrupción de su proyecto, sino la manera más rápida, fácil y cómoda de llegar a *La libertad de Italia*.

La Historia no ha sido severa con los asesinos que triunfan. Fue inmisericorde, en cambio, con los perdedores. Pero la Historia la escriben siempre los otros, los que no optan por la fuga ni por la muerte sino por contemplar el espectáculo desde la platea.



Horacio Vázquez-Rial

La libertad de Italia

Áncora & Delfín - 612

ePub r1.0
Titivillus 17.10.2024

Título original: *La libertad de Italia*
Horacio Vázquez-Rial, 1987
Epílogo: Juan Luis Cebrián

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido



Para José Agustín Goytisolo

¿Qué es lo que se opone aquí en la Argentina para que exista también una sociedad secreta que alcance tanto poderío como aquella allá? Y le hablo a usted con franqueza. No sé si nuestra sociedad será bolchevique o fascista. A veces me inclino a creer que lo mejor que se puede hacer es preparar una ensalada rusa que ni Dios la entienda. Creo que no se me puede pedir más sinceridad en este momento. Vea que por ahora lo que yo pretendo hacer es un bloque donde se consoliden todas las posibles esperanzas humanas. Mi plan es dirigirnos con preferencia a los jóvenes bolcheviques, estudiantes y proletarios inteligentes. Además, acogeremos a los que tienen un plan para reformar el universo, a los empleados que aspiran a ser millonarios, a los inventores fallados…, a los cesantes de cualquier cosa, a los que acaban de sufrir un proceso y quedan en la calle sin saber para qué lado mirar…

ROBERTO ARLT, Los siete locos, 1929

… las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia…

CERVANTES, El licenciado Vidriera

I. La historia, la rara sustancia de la poesía

[1 de marzo, 1984]

22,30, Marga

ya que, si bien no esperaba encontrarla aquí —sobreviviendo en un turbio *cabaret* de la misma Barcelona a la que, pronto hará diez años, llegó en busca del hombre en cuya compañía se había prometido sumirse en la paz del anonimato, eludir la inquisitiva mirada del mundo, apartarse de las generales desgracias, y del que solo halló el cadáver, tendido en la morgue del grisáceo edificio de la calle Casanova, con los ojos inútilmente abiertos, negada como le estaba ya para siempre la visión del deseado sol de Italia; sobreviviendo sin siquiera un espacio en los sueños para reconstruir la imagen de un escenario que pudo alguna vez haberles pertenecido, un rincón de sombra fresca en las siestas del verano, un rincón en que las voces ajenas, las voces de fuera del amor, hubiesen sonado leves y lejanas, un rincón en que la incensante querella de la especie no se hubiese reflejado sino como ligerísima agitación de amparadoras cortinas: tal vez eso fuese la libertad—,

tampoco me sorprende verdaderamente, no acaba de salirse de lo previsto, ni siquiera de lo previsible: sobrevivientes hay por todas partes

—no es menos extraño el que yo haya entrado a un local como este, un reducto por completo distante de las rutas de la costumbre, que el que sea ella quien se me acerque, profesional, con una sonrisa dura, ciega de indiferencia, reiterándose en el texto gastado de su personaje, y que tarde inacabables minutos en darse cuenta de que ante ella hay alguien que conoce: yo, diez años después, es cierto, con el pelo más blanco, es cierto, pero yo en última instancia, otro sobreviviente: el dueño, posiblemente, de una parte de su biografía que ella ignora: un hombre que ha estado cerca de él en sus últimos tiempos, aunque no en sus últimos días, pero, eso sí, alguien con algo que decirle acerca de horas que ella no presenció—,

y más aún sobrevivientes ansiosos, gente para la que su propia vida es del todo misteriosa, gente que ha pagado por sobrevivir, precisamente, el precio del silencio, de la oscuridad,

del olvido: no saber y no preguntar

—porque quién sabe a quién se pregunta en torno de cosas tan inconvenientes como las que desde entonces, y aun antes de aquellos días, se han venido sucediendo en ese hacer sin objetivo aparente, sangriento, doloroso, incomprensible, que los más optimistas llaman historia: ella no sabe bien cómo, ni por qué razón, ha llegado hasta aquí: creyó conocer su rumbo hasta que la muerte del otro, el súbito perecimiento de la explicación de sus actos, la echó sobre una realidad sin respuestas, una realidad sorda, amnésica, transformada por una ausencia en ausencia, una realidad que nada revelaba a su voz interrogativa, un presente pétreo, inconmovible, infinitamente quieto bajo los golpes insistentes, irritantes, inagotables, de los puños de los derrotados—,

no confesar a nadie que lo único que necesitan para alcanzar cierta calma, para mejor tolerarse a la hora del espejo, es el relato de los pasos dados por este o aquel sujeto, en el curso de dos, tres, quizá siete días remotos: días previos a una muerte o a un tránsito a otra nada igualmente irreversible: el relato, las más veces, de pasos propios no recordados, o de pasos de un íntimo callado: un relato con exactitudes, fechas, horas, movimientos, pensamientos, decisiones

no aquí, tal vez, pero era inevitable que nos encontráramos, que nos reconociéramos, que nos miráramos, que empezáramos a hablar con larguísimos rodeos, alusiones llenas de miedo, eufemismos, piruetas, para terminar hablando de todo, de cómo eran las cosas cuando eran, de cómo eran los sueños cuando eran, cuando se vivía en ellos; de modo que voy a decirle a alguien lo que hasta aquí he venido guardando: voy a contarle a Marga cosas que vi, y cosas que me confiaron, y cosas que me dejaron oír para que también las tuviera en cuenta, por si las moscas: aunque me dé miedo contarlo, aunque no tenga más motivo para contarlo que una inquietud en ella que ya es parte de su persona, aunque en realidad no sepa nada exactamente y no ponga sobre la mesa, entre nosotros, más que una suposición, mi suposición, el conjunto de los hechos que me parece recordar y que quizá tan solo imagine, para que Marga lo despiece y adapte minuciosamente cada trozo, cada luz y cada sombra, a los huecos de su pasado, que nadie más conoce, rellenándolos, haciendo finalmente sostenible la trama de su memoria, el retrato

de él que, como todos, fue elaborando con el paso del tiempo: un retrato más o menos piadoso, más o menos heroico, más o menos triste, de Arellano, que murió tan distinto: borrado, eso sí, sin remedio, el primer retrato, el del Arellano que ella viera en su adolescencia, el que todavía no había pisado una prisión ni proyectado un viaje: aquel retrato está ya deshecho, no aparece jamás por ningún resquicio del discurso, se ha hecho otra cosa, algo diferente de un retrato: la presencia constante de lo que fue una posibilidad, el fijo perfil en negro de un hombre que no llegó a ser, extraviado su plan entre los extraviados planes de todos, sometido a un curso de acontecimientos que fue como una ingloriosa colectiva desviación de lo esencial, una historia que la revolución que venga, niña pródiga en busca de su casa paterna, tendrá que desmentir y suplantar para otorgarse antecedentes, orígenes en alguna conciencia: el retrato inicial, la posibilidad, el momento irrepetible que precede a un porvenir individual, todo ello estaba ya perdido cuando se inclinó por la actitud del común, la rebelión sin medida contra un estado de cosas llamado a conservarse hasta más allá de toda violencia, un estado de cosas que se perpetuaría, agravándose, hasta mucho más allá de la aniquilación de su último enemigo: los rostros posteriores, los que Marga presenció mes tras mes, año tras año, en el lustro que duró la doble transición de Arellano, de jovencísimo a hombre sin edad, y de hombre sin edad a hombre con alguna esperanza, con algún propósito, con alguna decisión a ejercer: los rostros sucesivos que, al cabo, se desleyeron en la inexpresión del yacente, serán los que acudan a su mirar, completando lo que de mí escuche,

[agosto, 1974]

En la guerra, a los hombres no se les mata por su personalidad, sino por el lugar que ocupan.

GABRIEL VERALDI, *L'affaire*

Arellano

por qué si en el principio, en el plan sin plan de su existencia, todo había sido viaje, todo estaba llamado a ser viaje, él se había detenido, había hecho tan larga escala en aquella guerra; más aún: había regresado al lugar de su partida para entrar en aquella guerra. Arellano ya no se preguntaba si sería posible hundirse en el olvido, marchar llevándose el rostro, los detalles acumulados por los años en la memoria de los otros, así como tampoco se preguntaba ya cuándo había caído en la red, ni cuándo su perezosa conciencia le había revelado la comisión, en algún instante pasado del que no quedaba huella, de un error esencial que ahora venía a viciar los actos y los gestos de cada día, a ponerlo todo —proyecto, movimiento, sentido último— en tela de juicio: perdido primero entre los nombres y las voces de aquellos que encarnaban una política de apariencia fluyente e inmóvil realidad —repetición, perpetuación—, la violencia había tenido en sus comienzos todo el feliz aspecto de una verdadera solución en la angustiosa continuidad de los acuerdos que, hacía tanto, mantenían idénticas relaciones entre los hombres, prolongaban un dominio igual; pero, para el caso, convenía aún la muy citada máxima del estratego prusiano: aquella guerra, en la que había entrado tomándola por suya, prolongaba en su sordo, miserable curso, los pactos, las concesiones, las sonrisas que servían de fondo a las mutuas entregas de chivos expiatorios y camaradas molestos —de uno a otro pugnante, y viceversa—, y que facilitaban la indefinición, la elusión de una aclaradora batalla: aquella guerra prolongaba según sus medios la política a la que correspondía, la política que la había engendrado: en una y en otra, los fines de cada maniobra quedaban fuera del alcance de la vista, y el poder —no el ejercicio más o menos conspicuo de cargos y direcciones, sino el poder real— permanecía en las sombras, muy por encima, seguramente, de las partes en declarado conflicto

sabía —lo había sabido siempre— que, desde que tomara una decisión —y la había tomado hacía seis, quizá siete meses— en adelante, no podría permitirse un solo paso en falso, un solo descuido, hasta encontrarse muy lejos, y que aún entonces debería perseverar en su vigilancia, acordar su régimen de vida a normas cuyo aprendizaje le había resultado extraordinariamente difícil, normas para la supervivencia, irremediables y definitivas pautas rectoras de lo cotidiano: su salida del país de la guerra, cierto destino que ensoñaba, la final libertad, dependían de su capacidad para permanecer invisible, olvidado, fuera del alcance del rencor de amigos y enemigos

—rencor, en última instancia, de todos, por cuanto, una vez fuera de la contienda, a los enemigos eternos, los verdugos, los jefes visibles y los soplones invisibles de los servicios de información, vendrían a añadirse aquellos a los que debía seguir llamando compañeros en tanto permaneciera entre ellos—:

su salida del país de la guerra, cierto destino que ensoñaba, la final libertad, dependían de su capacidad para hacer de la clandestinidad absoluta y sin regreso, si no un ideal, al menos una forma de estar en el mundo considerablemente más tolerable, considerablemente más

ya que Italia era la fantasía perseverante, la constancia de ciertas imágenes: Italia, donde era tan sencillo, o tan complicado, perderse, esfumarse, pasar a formar parte de la niebla, de los muros, de la luz, como en cualquier otra parte, pero donde alguna vez había sido feliz, o casi feliz, cuando todavía los viajes no eran sino viajes, cuando todavía no había lugar alguno que fuese de simple tránsito, cuando sus compromisos con lo que él prefería seguir llamando —no sin cierta amargura— la militancia armada no eran más que esbozos de lo que darían en ser, cuando aún no habían excedido el terreno de las conversaciones, de las propuestas, de las medias palabras, cuando aún no había entrado en el ámbito de los hechos irreversibles: y después de Italia, había regresado a Buenos Aires sin saber por qué, puesto que le tenían sin cuidado los burdos tópicos del nacionalismo, la torcida visión de Europa que lo que en la Argentina se suponía izquierda había elegido adoptar; seguramente, no había sido del todo ajena al retorno una concepción desfigurada o poco precisa de la dignidad, la misma que, sumada a una

intolerancia que le inducía a creer que cualquier cosa era preferible a la mediocridad sustancial y autosuficiente de la vida porteña, le había llevado a ingresar en el juego de los héroes, de los esclarecidos, de los escogidos y señalados por el dudoso dedo de Dios: una idea de la dignidad y una idea de lo cotidiano en los fundamentos del cambio de una existencia gris por una existencia gris y sangrienta: la misma falta de razones y la misma pasión idiota que ahora imponían una identificación del nombre de Italia con una confusa visión de la libertad: cierta afinidad inexplicada, cierto amor literario por unos nombres, unos rincones, unos colores, asociados quién sabe por qué a la ausencia de responsabilidades extremas, a la exención de agobiantes obligaciones que no pertenecían en rigor a persona alguna individual, sino a una función prevista en vasto plan de superior y desconocido origen: Italia, la vida libre de Italia, a la vuelta de dos, a lo sumo tres meses: a la vuelta de dos, tres meses, Arellano alejándose, desvaneciéndose en el recuerdo, en los comentarios de los otros, gente habituada a una noción del tiempo en que sesenta días, o nueve semanas, constituían un largo período, la duración de una vida, la distancia que podía separar a alguien del final, la ceniza, la nada: dos, tres meses,

[27 de octubre. 1974]

Tienes que verte morir Para saber que aún vives

PAUL ÉLUARD, *Chanson complete*

20.00, Arellano

que ese día que se deslizaba con odiosa parsimonia era el 27 de octubre, que, en una semana, tal vez poco más, se reuniría con Marga en un hotel de Barcelona, y que, en consecuencia, el dado había empezado a rodar: Otálora no tardaría en llegar

—probablemente estuviese haciendo tiempo en algún bodegón cercano, esperando la hora en que debía entregar el dinero: las órdenes eran estrictas y, por la seguridad y el bien de todos, repetía incansablemente el compañero Armando, tenían que cumplirse rigurosamente: Otálora era un convencido: escuchaba y asimilaba sin asomo de rubor cuanta estupidez ritual barbotara un cuadro, un jefe: escuchaba, sin salir de su palidez de iluminado ni moverse en el interior de su traje demasiado grande, sentencias acerca de la moral individual, el hombre nuevo, el sacrificio imprescindible: ignoraba de plano la vergüenza ajena: iría hasta el final: era un muerto—,

no tardaría en llegar a la puerta y poner en sus manos la maleta con el dinero. Arellano sabía que no iba a fallar: Otálora estimaba infinitamente sabias las disposiciones de la organización

—cualquiera hubiera jurado, a juzgar por los sucesos de público dominio, terrores, ejecuciones, secuestros, asesinatos y desapariciones, todos y cada uno de ellos firmados por los autores, o, más exactamente, por los grupos que alternativamente se atribuían esta o aquella diminutísima modificación en el curso globalmente inalterado de la historia nacional, que había más de una organización armada, más de dos, más de las que nadie imaginara, en las agitadas penumbras de Buenos Aires: al menos, se hablaba de la existencia de más de una, de más de dos, y eran más de una, más de dos, las siglas que por todas partes aparecían pintadas, gritadas, ofrecidas: pero tanto los que se tenían por miembros de una como los que se tenían por

miembros de otras, decían siempre la organización, en singular, o abreviaban, la orga, para referirse a aquella a la que se daban por pertenecientes, como si no hubiese otra, como garantizándose a sí mismos y al conmílite que les oyese, que no habría jamás otra revolución que la que ellos fueran a hacer: Arellano había llegado a la conclusión, a la convicción, y por eso seguía valiéndose del término, de que no había, en efecto, más que una organización, que abarcaba a todas las fuerzas en conflicto y que movía a unos y a otros con arreglo a las necesidades del poder: los nombres no pasaban de ser nombres, las variantes ideológicas, tácticas, estratégicas, no pasaban de ser enunciados, cebos para voluntariosos revolucionarios, dispuestos por el mismo poder, unificador y definitivo—; y hasta que Otálora viniera a desempeñar su papel en un proyecto del que, sin saberlo, era parte importante, Arellano permanecería echado en la cama, dormitando, revisando imágenes de un país visto en otro tiempo, acercando por todos los medios el porvenir, la libertad de Italia, renunciando en conciencia a lo que habría de abandonar: todo: nombre, casa, libros, ropa, fotografías

—al nuevo mundo no se podía llegar con nada que recordase a aquel que se había dejado de ser; los documentos darían fe de que uno era otro, de manera que habría que serlo: un desconocido para los servicios de información y para las organizaciones, alguien que nunca tuvo que ver, un recién nacido; a la larga, quizás, un ordenador instalado en un sótano remoto hiciese coincidir piezas de dos hombres distintos, diese la clave, pero para entonces habrían pasado muchas cosas: él se habría hundido en el olvido hasta el punto de no ser ya ninguno de los dos personajes superpuestos por la computadora, tantos testigos de su vida habrían muerto… ¿quién iría a reclamarle nada?

20.00, Otálora

Otálora mira el reloj de la pared del bar: van a dar las ocho: tiene por delante quince minutos

—ha quedado con Armando, con el compañero Armando, en llegar exactamente a las ocho y cuarto a la casa de Arellano, del compañero Arellano—;

el hombre que le ha servido la ginebra acaba de desaparecer tras una puerta próxima al otro extremo del mostrador, una puerta que probablemente dé a un sótano o a un almacén: antes de que se muestre nuevamente, Otálora recorre con la mirada el local desierto: al cabo de un par de horas de pasearse con ella por media ciudad, está seguro de que la maleta no contiene otra cosa que dinero. Arellano puede estar tranquilo: si hubiese un transmisor entre los billetes, ya estarían allí, y si en todo el rato que lleva en el mismo lugar no ha entrado nadie, ni se ha dejado ver ningún coche con más de un ocupante, es porque la otra parte ha cumplido

—la otra parte: la otra voz en las inacabables, sórdidas, feroces negociaciones con gente que no había vacilado en dejar morir a su amado pariente: tres hijos que, ante la posibilidad de la ejecución del secuestrado, la posibilidad tan bien acogida como poco esperada, del adelanto de la transmisión del patrimonio engrosado a lo largo de más de medio siglo por las habilidades y las crueldades del viejo Zacarías Bromfeld, se pronunciaron en un momento y sin el menor asomo de duda: «Mátenlo»—,

la otra parte ha accedido a hacer lo que de ella se esperaba, que era en realidad bien poco

—un canje que debía haberse realizado en cuarenta y ocho horas, solo se concretó al cabo de treinta agotadoras jornadas, en las que Otálora, sin otro medio que el teléfono, empleado en comunicaciones lo bastante breves como para hacer fracasar cualquier intento de localizar su procedencia, tuvo que convencer a los otros de las ventajas que les supondría el rescate del padre, o, para ser más exactos, las desventajas que les

significaría el no rescatarlo, fijar un precio, importante en cualquier caso, pero que reducía las pretensiones iniciales a su mínima expresión, y acordar una forma de pago; por último, después de haberse planteado y discutido una y otra vez la conveniencia o la inconveniencia de dejar libre al viejo, la paciencia había rendido su fruto exiguo—:

treinta millones de pesos, en billetes usados de distintos valores —¿o fueron tal vez trescientos millones, Marga?—, a cambio del viejo, que volvería al mundo esa noche: último de los treinta días pasados en el escenario absurdo compuesto para el caso: una tienda de campaña montada en el centro de una enorme, desierta, helada habitación interior, invisible desde la calle, de una casa de tantas en las afueras de Buenos Aires: treinta días entrando y saliendo de la madriguera de lona en que Bromfeld pasa su tiempo pensando, calculando, tal vez: treinta días llevándole comida y bebida y noticias del exterior, y retirando excrementos

ahora han cobrado. No Otálora, ni estos o aquellos en particular: ha cobrado la organización. Todo el dinero que hay en la maleta: treinta o trescientos millones. Lo acordado: dinero a mediodía, libertad a medianoche: será aquel al que Otálora conoce por el nombre de César el encargado de sacar al viejo Bromfeld, encapuchado y tendido en la parte trasera de un automóvil, y de dejarlo en cualquier parte, no demasiado cerca de un teléfono ni de una comisaría. César, o como se llame, tendrá que pasearse durante un largo rato, eludiendo las decenas de controles policiales que han distribuido por toda la ciudad, tanto en impensables cruces de calles de barrios residenciales como en visibles pasos de grandes avenidas —controles policiales en que ni siquiera se piensa en ese secuestro en particular, en que se ha olvidado a Bromfeld y se tienen presentes otros nombres, otras situaciones, otros hallazgos—. Pero este ya no es asunto de Otálora, que ahora evoca con cierta nostalgia la casa y la tienda de campaña a las que ya no regresará jamás, el hombre con el que ha tratado durante tantos días sin permitirle ver su rostro, constantemente cubierto con una capucha de basto paño negro bien sujeta al cuello, muy difícil de quitar de un tirón: ¿quién coserá para nosotros esas capuchas negras, de tan perfecta factura, de tan inteligente diseño?, se pregunta Otálora, y piensa, algo sentimental y orgulloso, ingenuo, en las damas

patricias que, en tiempos de la que él llama guerra de la primera independencia, bordaban primorosas banderas para ejércitos de otro tipo: en esta guerra, a la que él atribuye la segunda independencia, las cosas son de otra forma: y vuelven a ocupar su recuerdo los actos cotidianos, los mil veces reiterados movimientos y las palabras, siempre idénticas, de una misma conversación sostenida en cada uno de los últimos treinta días, cuando le llevaba al hombre, al viejo Bromfeld, junto con la comida, el tabaco y los periódicos, las noticias más recientes de sus deudos:

—¿Cómo pueden hacerle una cosa así a su padre? —plañía Bromfeld; pero era evidente que él tampoco hubiese dado un cobre para salvar a su progenitor de una situación igualmente comprometida.

—Pedimos trescientos millones y dicen que no van a pagar nada, que acabemos con usted —le hacía saber Otálora. (¿O era otra la cifra, Marga? ¿Treinta millones, tal vez?)

—¡Que acaben conmigo! ¡Que me eliminen! ¡Que eliminen a su padre! Pero, oiga: trescientos millones… trescientos millones no tengo, no tenemos —él mismo regateaba con su propia piel en juego.

—Vamos a ver —condescendía el carcelero—. ¿Y doscientos? ¿No tienen doscientos millones?

—No, no. Ustedes se equivocaron. Esas son cifras que ni en sueños he tenido jamás…

—Usted sabe que antes de decidirnos nos informamos bien: hicimos preguntas, un abogado acudió al registro de propiedades y todo eso… Si se pidieron trescientos millones, es porque los había. Más le digo: si se pidieron trescientos millones, es porque había más…

—Tal vez —empezaba a retroceder el viejo—, tal vez haya trescientos millones. Contando los inmuebles, claro. Pero los inmuebles no son dinero. Además, yo no puedo salir de aquí para volver al principio, para encontrarme con una mano atrás y otra adelante, como cuando llegué a este país. Tengo setenta años —y comía, devoraba todo lo que Otálora le había llevado—. Y si me matan, ¿cómo será? ¿Lo hará usted mismo?

—Puede ser.

—Cuando me vaya a matar, ¿me dejará verle la cara?

—Cuando lo vaya a matar no va a pensar en eso, no le va a interesar ver mi cara, no le va a interesar ver nada. Y yo me voy a encargar de que en ese momento recuerde a sus hijos. Le diré: voy a apretar el gatillo. Lo voy a apretar y usted va a morir porque, entre el dinero y usted, sus hijos prefirieron el dinero. Eso es lo que le diré. Y usted no querrá verme, ni querrá ver el arma: cerrará los ojos y apretará los dientes —Bromfeld le miraba en silencio, sin parpadear, ganado por el pavor, la angustia, la total inseguridad, en la indefensión absoluta en que le habían dejado—. ¿Sabe? —preguntaba al final Otálora, mientras recogía los restos de la comida —: dicen que casi todo el mundo se caga cuando ve venir la muerte.

vez medido el tiempo de la ginebra, el ritmo y el número sabido de los pasos que van del café a la casa en que vive Arellano, la casa en que él cree que vive Arellano, la casa a la que tantas tardes tuvo que llegar a una hora exacta, Otálora sale como sin ganas, como si no fuera a ninguna parte, arrastrando una maleta que, al igual que el traje, parece quedarle algo grande: una maleta y un traje que dan la impresión de no pertenecerle, de ser una herencia de las que deja la miseria: una maleta y un traje de muerto, vacíos de la forma para la que fueron construidos, despegados irremediablemente de toda otra carne, de todo otro pulso que el original. Otálora se lleva con dificultad hacia donde Arellano le espera, se lleva sin estar ya en sí mismo, se lleva y se mira llevarse desde fuera, desprendido del rostro, mirándose el rostro, que no se asemeja por entero al que tantas veces le ha mostrado el espejo y al que no ha prestado nunca —lo piensa ahora— la atención debida: Otálora mira con asombro a Otálora, el otro, el que se lleva hacia donde Arellano le espera: Otálora mira a Otálora como si de su cadáver se tratara y le dice, como le ha dicho antes, hace mucho, a Bromfeld: ¿Sabe? ¿Sabe, Otálora? —esto muy por lo bajo— ¿Sabe, Otálora?: dicen que casi todo el mundo se caga cuando ve venir la muerte: y en un instante descubre que las calles grises que recorre por infinitésima vez se han tornado negras, se han cambiado sin dejar de ser las mismas: la próxima puerta, o la siguiente, debe de ser la de Arellano, la del edificio en cuyos fondos Arellano ocupa un estudio: conoce las puertas, como conoce las calles: son cosas vistas en una ocasión, y en otra, y en otra, y en otra, pero hoy no son las mismas. Otálora se lleva por calles, pasa por delante de puertas que en verdad ve por

primera vez, con unos ojos perdidos hace siglos: en sus ojos han revivido los ojos de otro Otálora: un adolescente olvidado, oculto durante años y años debajo del funcionario, del militante, del convencido, del fiel: y es ese adolescente, Otálora transfigurado, el que entra en la casa de Arellano: va cambiado y lo sabe y no sabe por qué: descree de los acechos, de los finales escritos

20.15, Otálora, Arellano

los oídos: todos los sonidos de la casa: Arellano conoce todos los sonidos de la casa: voces habituales, pasos acostumbrados, giros de llaves en cerraduras, toses, duchas, cisternas, fornicaciones: todos le llegan, estridentes, como aumentados, y con más violencia aún le llegan los sonidos que se salen de la norma: alteraciones en el horario de un bajar de escaleras, un timbre inesperado en el portal, un grito en lo oscuro, de anónima garganta nocturna, un grito sin explicación. Arellano lleva meses en el entresueño, en el sobresalto constante, en la irritación de la fantasía: cada vez que el que en él está en vigilia percibe un ruido, un tono, un ritmo, un movimiento, que escapa a la rutina, tiende la mano hacia el revólver y espera: si no sucede nada, si pasan largos quince, veinte minutos y no sucede nada, la tensión cede y vuelve a dejarse estar echado: pero ya no puede retroceder hasta el sueño, hasta ningún estrato del sueño, y el resto de la noche pasa de ojos abiertos, de cielo raso opresivo: claro que no busca el revólver, arma inútil ante quienes vendrían con carabinas recortadas o pistolas indiscutibles, pensando en defenderse: solo quiere, en todo caso, disparar para que los que pudieran venir disparen, le destrocen, dejen de él un montón de materia ensangrentada en treinta segundos: una forma como otras, como la cápsula de cianuro oportunamente mordida, de eludir la tortura, de eludir la debilidad, de eludir la lentitud, multiplicadora del dolor en un morir del todo inevitable, una forma como otras de no perder la dignidad: ahora espera hasta oír los pasos conocidos, casi familiares, de Otálora, y los dos golpes suaves que, sin duda, dará en la puerta: y afuera, Otálora, consciente de la liturgia, entra como siempre y va y golpea la puerta y espera, escuchando a Arellano, que se incorpora, se pone la chaqueta, mete la mano derecha con su revólver en el bolsillo, se acerca y, por la mirilla

los ojos: Arellano comprueba el rostro gastado del otro antes de abrir con la mano izquierda, sin encender la luz. En el momento en que va a dar paso al visitante, el foco del pasillo exterior se apaga: Arellano, adaptado a las sombras,

distingue en esa tiniebla la figura del mensajero, solo, como lo esperaba, y el bulto de la maleta.

—Aguarde, no se mueva —dice Arellano, y entra en su cubil para dar la brumosa luz del cuarto de baño, para instalar una penumbra en que sea posible y sea difícil verse apenas, grismente, sin honduras, en cumplimiento estricto del protocolo de los encuentros furtivos de la clandestinidad: Arellano sabe que es el último encuentro de los dos: Otálora, no.

—Ahí tiene —Otálora señala la maleta abandonada en el suelo, junto a la puerta—; está limpió, de modo que puede tomarse su tiempo para contarlo… para contar los treinta millones (¿o eran trescientos, Marga?); el compañero Armando le dirá qué hacer después, y cuándo hacerlo —Otálora repite de carrerilla las instrucciones, siempre las mismas, la fórmula que permite pasar por el contacto sin rozarse siquiera con la otra parte.

—¿Pesa mucho? —pregunta Arellano: se refiere al dinero, pero Otálora no parece darse cuenta—, ¿le costó mucho traerlo? —está buscando los ojos de Otálora, pero no consigue que los despegue del suelo, de las cosas.

—Mire —dice finalmente, levantando la maleta y tendiéndosela a Arellano—, no pesa; el dinero no pesa —y en el instante mismo de ir a coger el asa, Arellano mira de frente a Otálora y le sorprende los ojos y esa es la despedida verdadera: acaban de reconocerse para no volver a cruzarse más nunca, y enseguida los dos bajan la vista y cada uno se detiene, mira al otro en las manos que aferran el asa:

las manos: la diestra de Arellano sujetando con firmeza, como suyo, lo que se le entrega: cerrada, apropiándose de lo que ya le ha sido concedido: y la mano blanca y sudada de Otálora, laxa, húmeda, deshaciéndose de su carga, una mano que no condice con la sonrisa sostenida debajo de los ojos por un Otálora desconcertado, de pronto con miedo en una situación en que no debe temer nada: la mano blanca y sudada, que en realidad no le pertenece, es de otro que, dentro de él, conspira contra él: la mano blanca y sudada es un presentimiento, el anuncio de un desencadenarse de sucesos que él no espera en su razón, pero que están allí: tan clara es para Otálora la fealdad de su porvenir, como para Arellano lo es la serie de pasos que definirán el suyo:

—¿Le pasa algo, Otálora? —se descubre diciendo Arellano, al despegar la mirada de la mano, tan ajena, que pone en la suya treinta millones de pesos (¿o eran trescientos, Marga?)—, ¿se siente bien? ¿Quiere una copa? —y, muy desde el fondo de su traje, como menguado por señales ominosas cuyo sentido último no se le alcanza, pero que irremediablemente acarrearán dolor y sangre y desamparo, Otálora afirma con la cabeza antes de pedir:

—Una copa de ginebra, si tiene —Arellano tiene, y él la bebe de un solo trago para servirse otra: es ciertamente reconfortante el alcohol, aunque peligroso por las debilidades que engendra—. ¿Usted tiene hijos, Arellano? —pregunta de pronto, sereno ya, desde una altura distinta.

—No, no tengo —es la respuesta.

—Una suerte, ¿no? Yo tampoco tengo hijos; y es mejor. En esta vida que uno lleva, puede faltar en cualquier momento… dejar una viuda, digo, ¿no? —Otálora se debate desesperadamente en el silencio del otro, que le mira fijo, sin perder detalle de su reacción: vuelve a sentir miedo y se obliga a seguir hablando—: Tal vez, de tener hijos, no estuviese haciendo lo que hago…

—No siga, amigo Otálora, se lo ruego… no me cuente nada de su vida. Yo no soy su confesor y no quiero enterarme de nada que un momento de debilidad en la tortura pudiera inducirme a contar. Usted en esto es una pieza, y yo soy otra: cada tanto, por obra de las complicaciones del engranaje, nos toca girar juntos: una vuelta, únicamente una vuelta: yo ni siquiera sé si usted se llama Otálora: usted ni siquiera sabe si yo me llamo Arellano: ¿Y cómo se llamará realmente el compañero Armando? ¿Kugelman? ¿Beria? ¿García Ramos? ¿O no tendrá nombre? ¿Y el jefe del compañero Armando? ¿Tendrá nombre? ¿Tendrán nombre alguna vez los que den las órdenes? ¿Entiende? Yo no quiero que me diga una palabra…

—Disculpe, Arellano; tiene razón. No tengo por qué imponerle una carga más, ni a usted ni a nadie… pero el de hoy es un día raro, ¿sabe? Me desperté pensando en la muerte. No va a pasar nada, claro: nuestra rutina está bien asentada y no ha presentado fisuras hasta ahora, pero…

—Mire, Otálora: lo mejor que puede hacer es tomar una copa más de ginebra y largarse. Vaya a dormir, si puede: si no tiene ninguna cita de control ni ninguna de esas ridiculeces que no

garantizan nada a nadie, pero desvelan… Acuéstese: mañana, todo estará más claro.

—Sí, sí —acentúa el hombre, mientras se sirve otra copa y la engulle sin vacilar: sí, pero con qué miedo: hoy pensé en la muerte desde el amanecer: la mía, la de Bromfeld, la de todos: pero no puedo contárselo a nadie: ¿tendrán miedo?: y con su mano helada y húmeda aprieta muy ligeramente la mano cálida y decidida de Arellano, que siente verdadero alivio al ver que, al fin, Otálora ha resuelto marcharse. Está muy débil, piensa: está a punto de caer, de quebrarse: ¿por qué persistirán hasta el límite, hasta convertirse en una nada, hasta desaparecer debajo de su personaje? ¿Cómo no se les ocurre huir? Se han despedido: Arellano se queda parado en el vano de la puerta y mira alejarse a Otálora: mira su espalda: una derrota

20.30, Arellano

las luces: todas las luces que haya a mano, que no son muchas, pero que sirven para lo que él pretende, que es ver bien ese dinero: todas las luces y una ginebra larga, en un vaso: alzar la maleta y ponerla sobre la cama: no solo es liviana: también es pequeña: en la penumbra daba la impresión de ser mucho más grande, quizás porque aún no le pertenecía por entero, como ahora, cuando, después de un largo sorbo de alcohol, abre con el llavín atado al asa los cierres, y se muestran ante él, decididamente suyos, los trescientos millones de pesos —¿no eran treinta, Marga?—: el porvenir, la libertad, Italia, Marga, si se sabe cómo emplearlos, piensa en un primer momento, procurando hurtar el pecho a la emoción —él ya sabe, sobradamente, lo que hay que hacer—: pero en un instante se borran de su memoria todos los cálculos hechos, todos los planes minuciosamente elaborados, todos los sueños: nunca ha visto tanto dinero reunido, dispuesto así, en un montón —dinero, no para resistir un día, o una semana, o un mes más, sino para resolver toda la vida, aunque para algunos sea poco—: el montón de dinero un montón de vida, de años de amor, de tardes plácidas: Arellano nunca vio ese dinero antes, nunca estuvo a solas con una cifra semejante: y hay un punto en que ciertas compuertas interiores, las que guardan y regulan la salida al mundo de emociones, sentimientos, vehemencias, ceden: algo se rompe ante una presión sobrehumana, la presión de una respuesta desconocida a un estímulo también desconocido y de colosales dimensiones: y Arellano estalla en una carcajada, y ríe, y ríe, y ríe, y pasan los minutos y no puede dejar de reír, furiosamente, apasionadamente, dejándose ir en la risa, dejando fluir por la risa los errores acumulados a lo largo de toda su existencia, un peso que se torna líquido y corre por los canales de la risa hasta abandonar el cuerpo y perderse en el aire: trescientos millones —¿o acaso eran treinta, Marga?—: trescientos millones podían ser el comienzo de algo en verdad diferente: no se puede hacer otra cosa que reír: y, sin dejar de reír, a solas con el dinero como si estuviese a solas con una

mujer, con una antigua amante ante la cual todo se hace con completa naturalidad, Arellano empieza a desvestirse, y se quita toda la ropa y, sin dejar de reír, abre la ducha y se queda quieto debajo, abrigado por el agua, sintiendo correr su calor por toda la piel, y siente cómo, muy poco a poco, la serenidad retorna y vuelven a aparecer, con una fuerza singular, las ideas, las nociones coherentes acerca del presente, acerca del porvenir: cierra los grifos y se seca y se sirve más ginebra y fuma y se afeita y se viste sin mirar una sola vez más la maleta ni el dinero: cuando se termina de hacer el lazo de la corbata y solo le falta recoger los documentos y el revólver, que irá en el bolsillo derecho de la chaqueta, cubierto por la gabardina, en ese instante intermedio entre el ceremonial del vestido y la final salida de la casa, a la que ya no regresará —nada excepcional, por otra parte: todo el mundo pasaba su vida en aquellos días abandonando lugares para siempre—, Arellano se para ante la maleta y, sin contar los billetes que la llenan, la cierra y la pone junto a la puerta: tampoco falta mucho para separarse de ella

reconocer, Marga, qué lejos estaba ya este Arellano de aquel, más joven, incalculablemente más joven, que, en las madrugadas, leía para todos a Paul Eluard

—es en su voz que escucho decir: «Me obstino en mezclar ficciones con las temibles realidades. Casas deshabitadas, os he poblado de mujeres excepcionales, ni gordas, ni delgadas, ni rubias, ni morenas, ni locas, ni cuerdas, poco importa, de mujeres más seductoras que posibles, por un detalle… Por encontrarme razones para vivir, traté de destruir mis razones para amarte. Por encontrarme razones para amarte, he vivido mal…»—,

llenaba a todos de nostalgia por seres y lugares jamás visitados: su nostalgia de cosas vividas se reflejaba en los demás y los colmaba y ellos tenían nostalgias raras, de las que solo se tienen en el saber poético: eran como nostalgias de palabras de un idioma ignorado pero milagrosamente claro al oído: más joven, era más propenso a la nostalgia: los ensueños, la recuperación de la memoria de imágenes amadas para explicar y hacer deseable el futuro, vinieron más tarde, y fuimos muy pocos los que entendimos que algo estaba ocurriendo y que era preferible no inmiscuirse en sus asuntos: Arellano había dejado de tener amigos: al menos, eso era lo que él quería que se creyese: qué lejos

estaba ya este Arellano de aquel, más joven, incalculablemente más joven, que, en las madrugadas, leía para todos

y, desde la puerta, una última mirada al interior, una última mirada a libros que quedan allí, que ha leído y que le hubiese gustado conservar: un movimiento de la mano para desconectar la instalación eléctrica, un giro de la llave en la cerradura: una llave que, en esa misma esquina, antes de detener un taxi, hará caer en la alcantarilla, para que viaje, metálica y secreta, hasta las entrañas malolientes de la ciudad: Arellano entra al coche con la maleta: no quiere que el conductor abra el maletero ni haga ningún otro movimiento que llame la atención: dice algo así como «no molesta llevarla aquí»: las nueve, hora de su cita: le estará esperando Dante para hacer el canje: es mucho más conveniente que él llegue unos minutos después que el corpulento representante del mercado negro de divisas: «Vendo dinero», responde Dante a quien le pregunta a qué se dedica. Arellano ha recobrado por entero la lucidez: la maleta con la que ha llegado a tan extrema intimidad, se ha vuelto a distanciar y ahora ocupa un lugar socialmente digno: no le pertenece: su paso a manos de otro propietario es inminente, y Arellano la trata ya como a un objeto ajeno, sin rabia, con respeto

quedan atrás la ropa, que tendrá que renovar íntegramente, aquellos libros, unos muy escasos recuerdos, y la revolución, que no se hará con él ni sin él: simplemente, esta vez, no se hará, porque a nadie le interesa que se haga: allá quienes persistan en la fe: él se va: él se está yendo desde siempre, pero ahora es un irse nuevo: quedarán atrás todas las cosas que le han venido perteneciendo hasta aquí, pero con ellas se queda también el que ha venido siendo hasta aquí: hay que salir del país, del campo de operaciones de los centenares de servicios de información que trabajan paralela y simultáneamente, ayudándose en ocasiones, obstruyéndose mutuamente en otras, de las organizaciones enfrentadas a los servicios y con numerosas diferencias en su propio ámbito: salir del país y escapar a la organización, resume Arellano para sí, quiere decir empezar a ser otro, dejar de volverse al oír el nombre abandonado, andar de otra forma, variar el estilo en el vestir, sacar de alguna parte una sonrisa eficaz, convincente, acceder a la paz interior empezando por fingir paz interior. El coche se acerca a la

acera y Arellano le ordena parar exactamente delante de la entrada de La Victoria, situada en la transversal —¿cómo se llamaba aquella calle, Marga?—, antes de llegar a la Avenida de Mayo: sale del automóvil y, desde el bordillo, ve la enorme y solemne humanidad del especulador al que conoce desde hace tantos años: desde los quince de la edad de ambos, a la que se afiliaron a la Federación Juvenil Comunista, «experiencia que todo comerciante debiera hacer para completar su formación espiritual», según explica a todos Dante, sin que en su tono se perciba el menor atisbo de ironía: Arellano entra al local y mira hacia su mesa, esperando

20.40, Otálora

ninguna cita de control ni ninguna de esas ridiculeces que no garantizan nada a nadie, pero desvelan, le acaba de decir Arellano: ni cita, ni mujer, ni amigo, ni perro que me ladre, piensa él: todo olvidado, pasado, enterrado: en nombre de la revolución: porque, eso sí —y Arellano no hace caso, lo deja de lado muchas veces, parece que no le importa o que no lo cree—, lo que estamos haciendo es la revolución, la esencial alteración del orden burgués, el cambio definitivo, la toma del poder por el pueblo y para el pueblo: porque, además, somos el pueblo: «si este no es el pueblo, el pueblo dónde está», nos cansamos de gritar: lo que no entregaron por las buenas, lo van a entregar por las malas: para eso construimos la organización —el intelectual colectivo, como quería Gramsci, dijo una vez Arellano, sumado a la fuerza imponderable del soldado desconocido: desconocido en género y en número—. A un día extraño sucede una noche extraña, un no estar, un llevarse por la calle con la cabeza llena de pensamientos que dan la impresión de ser de otro: Otálora anda con lentitud, sin saber muy bien hacia dónde dirigir sus pasos, pero convencido de que va a terminar cenando en algunos de los restaurantes que rodean el Mercado de Abasto, el vientre fétido de Buenos Aires: entonces Otálora recuerda cosas que no vienen a cuento: un gesto de su madre, una canción de moda en otro tiempo, el sol que despoblaba los patios en las siestas de su infancia: recuerda y siente frío y se apresura, subiéndose las solapas de la chaqueta, apretándolas para cubrirse el pecho:

la calle por la que avanza es estrecha y oscura y los adoquines de la calzada están húmedos de orines de caballos: allí paran y cargan y descargan los carros de las quintas: montones de hojas de verduras y de mondas de frutas se acumulan y se pudren junto a los bordillos, haciendo las veces de leves ciénagas que los paseantes evitan para no hundirse sin remedio en su olor: un coche que ha entrado a velocidad en la angosta vía empedrada, pasa junto a

Otálora como una rápida sombra y va a detenerse unos metros más allá: en un primer momento, el hombre solo piensa en que el automóvil le ha mojado los pantalones y que le costará mucho desprenderse del tufo infecto, amoniacado, de los meados de animales y los jugos de la putrefacción vegetal: ha vuelto la cabeza y ha levantado la pierna izquierda para mirarse la pernera y el faldón de la chaqueta, cuando en un extremo remoto de su campo visual percibe a los tres individuos que acaban de abrir las portezuelas del vehículo atravesado en medio de la calleja, que acaban de bajar y están en pie delante de él, diez, quince metros más allá, apuntándole con las ametralladoras: Otálora comprende entonces por qué la memoria le ha jugado tan malas pasadas esa tarde, trayéndole tantas cosas en las que él no quería pensar: y es en esa pirueta ridícula, con el talón del pie izquierdo girado hacia afuera y arriba, con el faldón de la chaqueta recogido, la muñeca próxima a la cintura como en un original paso de baile —en esta postura de maricón, piensa él—, como viene a encontrarse la muerte: los hombres de las ametralladoras abren fuego —ya no hay ocasión para rectificar nada: ni la posición, ni la disposición del ánimo, ni el camino recorrido—, abren fuego y la primera bala pasa por entre el cuello de la camisa y el lóbulo de la oreja, un blanco perfecto en los tres cuartos de perfil que Otálora muestra al frente: la primera bala entra en el costado del cuello y libera fuerte sangre: quizá sea la segunda la que alcanza el corazón, o la frente, o el vientre: son muchas decenas de balas en pocos segundos, y cada una lo alza, impide que toque el suelo verdaderamente por un largo instante, en el que todo el cuerpo se sostiene por encima de su caída, un largo instante al cabo del cual se hace el silencio y Otálora se vence, se arruga hacia los lados de su vertical y termina por quedar tendido, desinflado, ensangrentado, desarticulado, con la cara aplastada, ya irreconocible, en un charco de mierdas urbanas

(y nadie supo nunca quién había dado la orden, Marga, pero alguien, arriba, había olido que algo estaba funcionando mal en ese sector, el del compañero Armando: cierta lentitud en la ejecución, cierto desgano a la hora de obedecer, cierto aire crítico en los comentarios de Arellano, que de una forma u otra, subían, eran escuchados con atención en las altas esferas, por gentes a las que ni él, ni Otálora, ni el célebre Armando, habían visto jamás, que se

movían en zonas de la sociedad a las que ellos no tenían acceso: quizá la orden fuera abarcadora, y en dos o tres días, de sucederse los hechos como era de prever, estuviesen muertos todos ellos: no contaban —al parecer, había un punto en que los oídos de la organización no resultaban tan agudos, tan largos, tan perfeccionados— con que Arellano se les pudiera escapar, con que incumpliera tan manifiestamente y sin recurso las instrucciones que se le diesen: es decir, Marga, que alguien, en la cúpula, tenía conciencia de que las cosas no eran como se esperaba que fueran, pero a ese alguien no se le ocurrió ni por un momento considerar un plan de fuga; y, por tonto que pueda parecer, tampoco se le ocurrió a Otálora que fuese a pasar nada después de haber sido sustituido en la última parte, precisamente, del proceso de Bromfeld —la liberación—, ni después de haber sido dejado a disposición de una voluntad anónima: se le avisará a través de su responsable, el compañero Armando, de sus próximas operaciones: tómese unos días de descanso después de visitar a Arellano)

pero alguien dentro de Otálora se había dado cuenta de lo que iba a venir: se había dado cuenta y no había hecho nada para impedirlo: ni advertir a Arellano, ni escapar por sí mismo, ni echarse a llorar como un niño delante del responsable, pidiéndole clemencia, olvido, quién sabe qué: tal vez, en lo hondo, no haya deseado hacer nada, o haya deseado, justamente, no hacer nada: aquello que solo estaba en sus inicios, aquello que él había resuelto tomar por los pasos previos de la revolución, o, al menos, de la guerra revolucionaria, tuviese esta el destino que tuviese, debía terminar en alguna forma para él, para ellos: ninguno de los hombres que conocía, hombres como Arellano —por lo que él intuía de Arellano, y quizá no anduviese desencaminado—, hombres como él mismo, podían llegar a formar parte de un mundo nuevo: contribuir, sí, pero en el curso de los días de combate, no más allá: aun los motivos que les habían llevado a la posición en que se encontraban respecto de cosas y personas, eran oscuros para ellos: el odio o el amor que les unían a sus propias existencias debían cambiar, alterarse, modificarse, hasta desaparecer, según fuese así o de otra manera el rostro de la humanidad que debía reflejarlos: lo que viniera, la superior decisión de quienes seguramente sabían mucho más que él de lo que era más conveniente para la historia, aunque

supusiera su desaparición, la aniquilación física de Otálora, contaba con su plena aprobación: para eso estaba allí, para ofrecer su voluntad, sus escasas luces, su paciencia, su fidelidad, su carne, a la causa terrible del infinito bien de los demás, al inexorable cumplimiento de la ley del cambio universal y constante, a lo que fuese, siempre que fuese expresado según una majadera fórmula de cortesía filosófica, o según una frase de resonancias jesuíticas: tal vez fuese el mártir quien, dentro de Otálora, se había dado cuenta de que algo iba a suceder que escapaba a las previsiones del común,

21.05, Arellano, Dante

entra al local y mira hacia la mesa de Dante, esperando que el otro le haga un gesto, le indique con la mirada que puede acercarse, que todo va bien, que el trato se va a cerrar allí, que no hay moros en la costa: y Dante le sonríe con todos los dientes y le saluda ostentosamente, agitando una mano en el aire y poniéndose de pie: Arellano se acerca sin demostrar que esa recepción le molesta, que le molestan todas esas luces, todas esas voces, todo ese ruido de cristalería zarandeada: Dante le espera con la mano tendida: Arellano le tiende a su vez la suya y se siente reconfortado por el cálido apretón del amigo que se oculta tras la montaña de sensualidad y cinismo que compone su personalidad aparente: y descansa en esa confianza y en la botella de sidra que pide tan pronto como se sienta, para respirar hondo y abstraerse de todo lo que se afana, jadea, chilla y se entrechoca a su alrededor:

—¿Cómo estás, hombre? —pregunta cuando finalmente se decide a mirar a Dante a los ojos: no quisiera delatarse, y sabe que el individuo que tiene delante le conoce lo suficiente como para entender en una mirada el curso entero de sus pensamientos:

—No tan bien como vos: yo solo busco dinero, y vos buscás mucho más, ¿no? —jodido usurero, piensa Arellano, ya lo sabes, ya sabes más de lo que debieras:

—Sí —reconoce—, busco mucho más que dinero. Y tú también —tantos años controlando ese tú, tratando de hablar como los demás, como todo el mundo, tratando de adaptarse, de ser finalmente porteño, al menos en el trato, en el vos: ahora, cuando está a punto de dejar definitivamente esa ciudad, cuando ha resuelto no ser el que alguna vez quiso ser, el pronombre surge de un pasado muy vivamente recordado, de un país que Dante conoce:

—Tenés razón, gallego. No sé por qué, me cuesta reconocerlo: pero a mí también me gustaría ser feliz. A lo mejor, vos tenés más suerte que yo, las cosas te salen bien…

El camarero ha puesto las copas y la sidra, distante, indiferente a todos los brindis, a todas las amistades, a todos los destinos.

—Por la libertad de Italia —murmura Arellano, alzando su copa y esperando que Dante no pida explicaciones.

—No entendí tu brindis, pero por algo lo habrás hecho en voz baja: hacé de cuenta que lo oí y brindo por lo mismo…

Y allí están la maleta y un maletín que Dante ha sumado a los elementos de la escena: es un maletín muy fino, plano, de muy buena piel y con cremallera todo alrededor: dentro estará el dinero, la misma suma de la maleta, pero en dólares, usados, de varios valores y sin numeración correlativa. Dante observa con curiosidad la maleta que ha traído Arellano: es pequeña, pero basta para un viaje corto, para las cosas que se usan en dos o tres días.

—¿Está contado? —pregunta.

—Sí —miente Arellano.

—¿Están limpios?

—Sí —y esta vez sabe que está diciendo la verdad, que en los billetes no queda un solo rastro de historia, que son ciegos, sordos, mudos, que no representarán nunca por sí mismos el desastre de nadie.

—Trato hecho —ríe Dante, llevándose la mano al bolsillo de la chaqueta: la saca sosteniendo una minúscula llave dorada—: Es para abrir eso —dice, señalando con los ojos el maletín, tratando de leer alguno de los pensamientos de Arellano.

Un paso más, se dice Arellano, un paso más hacia adelante: los dólares, los dólares más anónimos del mundo en el anónimo mundo de los dólares: el medio imprescindible para salir de una vez por todas de esa obsesión sin fin, de esa sombra angustiosa, de ese universo en que se confunden amigos y enemigos en un montón sangrante.

—¿Cuándo te vas? —pregunta de pronto Dante, devolviéndole al lugar en que están, a la luz, al ruido.

—¿Y quién te ha dicho a ti que me marchaba? —quiere saber Arellano, con una sonrisa: preferiría que nadie supiera nada, pero no puede negar lo que, para quien ya ha leído en él la decisión, el proyecto, para quien, además, le está ayudando a su manera, resulta del todo evidente—. Ya me estoy marchando. Ya estoy en viaje, Dante: ha terminado la escala, una escala demasiado prolongada, ¿sabes? —y repara en que, sin proponérselo, se está despidiendo, en que está haciendo exactamente lo que se había propuesto no hacer.

Se levanta y vacía la copa de sidra.

—Hasta más ver, Dante; gracias —dice.

—Adiós, Arellano. Que tengas suerte —le responde el otro, sin moverse de la silla, sin variar su posición, entendido que el que se va no desea efusiones: le observa mientras coge el maletín con la mano izquierda y la llave con la derecha, para meterla en el bolsillo y comprobar de paso que el revólver sigue allí: le observa mientras hace un gesto que remeda pobremente un saludo y se dirige a la puerta del local: le observa mientras espera, de pie junto al bordillo de la acera, que se detenga el taxi al que ha llamado a pesar de la hora: le observa hasta que le pierde de vista: para Dante, como si hubiera muerto: un hombre del que dirá, si le interrogan, que jamás le ha visto: ¿Arellano? ¿Con acento español? No conozco a nadie así.

Arellano indica la dirección al conductor del taxi y se deja estar en el asiento, aliviado, con el maletín sobre las rodillas: ha pasado con Dante cuarenta y cinco minutos: cuarenta y cinco minutos en exposición, a la vista de todo el mundo, con el dinero sobre una silla, y, en esa ciudad absurda, donde la gente muere por razones mucho menos interesantes, no ha ocurrido nada. Lo más probable, piensa Arellano, es que el encuentro mismo haya tenido lugar sin que nadie lo advirtiera. En todo caso, hay quienes tienen orden de no ver jamás a Dante, de no enterarse jamás de los negocios que hace, ni de con quién los hace; aunque en el mismo terreno, quizá bajo idéntica autoridad visible, haya también quien tenga órdenes precisamente opuestas: un cálculo que ya pronto no hará falta hacer, tan contados están los pasos que tiene que dar por Buenos Aires, tan contadas están las horas que necesitará para darlos, tan

22.00, Arellano, López

taxi se aleja y Arellano se queda en el mismo sitio, parado en la acera, respirando el aire de la noche, hasta ver desaparecer la última luz del vehículo: es un barrio muerto ya a las diez de la noche, una región sin ventanas, sin ojos, donde se ignora a los visitantes y a los pobladores estables por igual: si la madrugada se llena de sirenas, o de disparos, o de gritos fieros, no hay quien se asome: nadie ve, ni oye, ni siente nada fuera de las cuatro endebles paredes de las que no pueden decir que guarden el sueño. Arellano recorre los trescientos metros que le separan del edificio en que vive López, sin que la menor noticia de vida salga a su encuentro, sin que se acerque a su oído una voz: solo perros que ladran lejos: «un horizonte de perros», se dice, con la sonrisa en los labios serenos, «ladra lejos del río». Enciende un cigarrillo antes de oprimir el botón correspondiente al piso de López. En espera de respuesta, vuelve a comprobar el revólver en el bolsillo de la chaqueta; quizás hubiese sido mejor buscar un silenciador, pero es un arma de poco calibre,

hay sorpresa y miedo en los ojos de López: abre la puerta sin ganas, sin firmeza, para dar un paso estrecho a Arellano, que pone por delante un hombro y un pie, antes de que las vacilaciones muten en negativa. Es cierto que no ha habido cita establecida, ni aviso previo, pero López no se va a negar a nada porque, desde el momento en que abrió el portal, es consciente de que el recién llegado sabe, sabe todo lo que nadie debería saber acerca de él, de su pasado, de su presente, y acaso también de su futuro: es consciente de que, por alguna vía, Arellano ha descubierto su vinculación con la policía, oficial y pública en otro tiempo, oscura y desmentida en este: es consciente de que Arellano no confía lo bastante en nadie de dentro de la organización como para transmitir tan delicada información, y de que va a tratar de neutralizar su actividad por lo que a él mismo toca. Probablemente haya venido a verle para ponerle en antecedentes de que se ha

hecho un seguro: de que hay alguien que sabe, alguien de un círculo distinto del habitual, alguien remoto e ignorado por López, que tiene instrucciones precisas para actuar en caso de que a él le ocurra algo fuera de lo normal. De ser así, piensa, tendré que cuidarlo de los míos y de los suyos. López ha terminado de contarse el argumento de lo que vendrá cuando Arellano, ya dentro del piso, se acerca a la mesa, se sirve un vaso del vino allí dispuesto para la cena, y dice:

—Me marcho, amigo López.

—¿A dónde? —quiere saber López, desconcertado y con interés, vencido en la primera ronda, perdidas las palabras.

—Lejos, lejos… a otro país, López. Un país más tranquilo que este, un país con menos ruido, con menos vanguardias…

—¿Y la organización? —arriesga López, con pocas esperanzas de obtener una respuesta consoladora, que le dé cierta tranquilidad, que devuelva las cosas al estado en que se hallaban cinco minutos antes.

—¿Y a ti, desde cuándo te interesa la organización, la militancia? —Arellano interroga con desprecio, anulando desde el comienzo toda tentativa de su interlocutor de echarse por la vía de un inacabable discurso acerca de los grandes temas de una revolución sin plan, sin porvenir, sin esperanza.

—¿Cómo desde cuándo? —finge indignarse López—. ¿Cómo podés preguntarme eso? ¿Acaso no somos compañeros?

—No, no somos compañeros, no lo fuimos nunca. Tú estás en otra cosa. Estuviste siempre en otra cosa, en otra empresa; digamos que estuviste siempre del otro lado, para no ser violentos. Y te dieron la orden de pasar aquí, a este lado. Muy bien. No eres el único de los que están porque son policías o cosa parecida —mejor no ahondar en el tema—, y les han enviado a este lado. Dentro de nada, todo el aparato de tu organización se habrá llenado de alcahuetes que no se conocerán entre sí, y se asesinarán y se delatarán los unos a los otros. Las cosas son así. Después de todo, hay que contar también con los que ofrecieron sus servicios porque sabían que en algún momento se puede interrumpir el círculo del dinero y entonces cabe hacerse con una pasta…

—Hablás de mí, de la organización, de todo, con mucha seguridad, Arellano…

—¿A cuántos entregaste, López? ¿Quieres decírmelo tú, prefieres que te lo diga yo, o dejamos la partida en tablas, sabiendo tú que yo sé, sabiendo yo que tú sabes?

—¿Y cuándo te vas? —inquiere el otro, como si allí nada se hubiese dicho, buscando una respuesta sin tensión.

—Mañana por la mañana; primero tengo que despedirme del compañero Armando.

—¿Te vas en serio, del todo? —él mismo va a decir la parte de Arellano unos segundos después: no puede reprimir un gesto de desagrado al pensar en lo que a casi todos llega a irritar tan a menudo: el que Arellano, con tantos años allí, en Buenos Aires, desde su infancia, persevere en el uso del tú, como los maricas y las maestras de escuela, que no se haya rendido al vos impositivo de los argentinos—. Sí, claro, vos no sos de acá —concluye.

—Cierto, López: no soy de aquí. Aquí nadie es de aquí: esta ciudad es una cueva de extranjeros: gallegos como tú, vascos como yo, polacos como el compañero Armando, calabreses, alemanes, turcos… los nativos, los verdaderos nativos, están en la periferia: son el nuevo proletariado, la nueva policía, los fusiles de Perón: el día en que se den cuenta de lo que les están haciendo, de lo que les están haciendo no sus enemigos visibles, los hijos de la oligarquía, que eso ya lo saben, sino los tíos como tú, los que hablan en nombre de ellos, los representantes armados de sus intereses, sus jefes y sus delegados, se les van a echar encima en manada y no van a dejar ni una tira de piel en su sitio. Yo no estaré, pero sabré desde el lugar en que me encuentre, para mi paz interior, que el primer muerto de esa larga venganza ha sido muerto por mí…

López no intenta nada, no esboza defensa alguna: es como si hubiese estado esperando que sucediera desde hace mucho tiempo. Arellano saca parsimoniosamente su revólver del bolsillo, lo levanta sin que nada separe de los costados las manos del otro, apunta cuidadosamente, a dos, tres, centímetros del rostro ya borroso del voluntario inerme, y aprieta el gatillo cuando el cañón roza la piel de entre las cejas: López cae blandamente, se da al morir, se entrega a una determinación que pudiera haber sido suya con toda la mansedumbre del que no comprende, mientras Arellano, metódicamente, le remata con un disparo en la sien de la cabeza vencida, un disparo en la nuca del arrodillado, un disparo en el sitio

del corazón callado del que ya ha caído, un disparo, dos disparos, al bulto no tan sangrante, no tan escandaloso como él había imaginado, del cadáver de López, del cadáver del

nada: detrás no queda nada: Arellano atraviesa la misma región sin ventanas, sin ojos, con solo perros que ladran lejos, pero esta vez sale, se aleja, se va para siempre de allí, con su cartera llena de dólares anda por la sombra en busca de un punto de claridad, un indicador de que también por allí pasan automóviles, en busca de un taxi que finalmente encuentra: lo encuentra al cabo de un largo paseo, cuando el viento nocturno ha terminado de apartar sus pensamientos de la última visión de López, y los ha llevado a Marga, a Gärtner, a las horas inmediatas, a ciertos recuerdos, a la preocupación por Zubizarreta, que le esperará desde las once y media en el bar Hispano, en el barrio de siempre, en el barrio español, en Rivadavia y Salta,

23.00, César

aquel a quien todos llaman César: un hombre de múltiples habilidades —cerraduras, coches, explosivos, todo tratado con solemnidad y una calma asombrosa—, bajo, moreno, con un ligerísimo acento napolitano, cuyo trámite de ingreso en la organización se realizó en algún lugar remoto, ignorado por los que ahora le tratan, se sirven de él, se dejan emplear por él: ese hombre es el que va a terminar el trabajo iniciado en su momento por Otálora, aunque quizá no según sus mismos criterios, sus mismas pautas de conducta.

—Vamos. Nos vamos —dice, entrando en la tienda de campaña en que el viejo Bromfeld aguarda; César lleva el rostro cubierto y una capucha ciega en la mano, destinada al que aún es su prisionero—; póngase esto —y le tiende la capucha al hombre. La suya es una voz nueva, distinta de la del hombre que ha conversado con él en todos los tonos a lo largo de treinta días. Zacarías Bromfeld, que ha adecuado su existencia a ese transcurrir sin esperas, sin alternativas, y cuyo miedo se ha domesticado, ha aceptado dormitar en un rincón mientras resuene allí la voz del ahora ausente Otálora, percibe el regreso del terror.

—¿Ahora? ¿Por qué? ¿Me va a matar?

—No. Sus hijos han pagado. Poco. Más de lo que yo hubiera dado por usted, es cierto, pero poco. Tiene suerte. Tengo órdenes de sacarlo de aquí —oculto el rostro del prisionero, oculto el mundo a los ojos del prisionero, César le ata las mane ˆ a la espalda y se quita la máscara que él mismo ha llevado hasta entonces: así, guía al hombre hasta la salida de la tienda y de la habitación, en camino hacia el garaje; ha apagado todas las luces de la casa y mira hacia el exterior desierto antes de dar las últimas instrucciones—. Va a viajar en la parte posterior de un coche, echado en el suelo, entre el asiento trasero y el respaldo de los de adelante; quiero decir que va a salir tal como entró a este lugar. Daremos unas cuantas vueltas y después lo dejaré bajar, con la cabeza cubierta y las manos atadas. Lo encontrarán enseguida. No se preocupe, no lo voy a tirar en el

medio de la pampa. Ahora, entre en el coche… por aquí…

Bromfeld se acomoda como puede. Enseguida, César va a sentarse al volante: es desde allí que introduce una llave en la cerradura electrónica que abre y cierra automáticamente las puertas del garaje. Pone el motor en marcha, sale a la calle y, tras comprobar que no hay nadie a la vista, gira a la derecha y recorre unos doscientos metros sin apartarse casi del bordillo. Se detiene, pone el freno de mano y, antes de bajar, advierte al viejo Zacarías Bromfeld, en voz muy queda:

—No se mueva, no haga ruido…

El viaje ni siquiera ha comenzado. César sale del vehículo, dejando puestas las llaves en el tablero, la radio conectada, la portezuela del lado del conductor entreabierta. Se asegura de que no haya ojos indiscretos en las inmediaciones antes de agacharse, manipular algo en la parte interior de un neumático y atravesar la calle. Finalmente, saca otro llavero del bolsillo de la americana y abre la puerta de un automóvil allí aparcado. Arranca a buena velocidad. Quinientos metros más adelante vuelve a detenerse y echa una mirada al retrovisor: primero ve el reflejo de la gigantesca llamarada, e inmediatamente oye la explosión.

La ola ardiente que envuelve a Bromfeld acaba con sus sospechas, y con su vida, antes

César se aleja sin pérdida de tiempo del lugar. Está tranquilo, ha hecho su parte como estaba convenido. Otálora, el único que hubiese podido adivinar la verdad, no está ya en condiciones de contarla, de discutirla, de considerarla. Arellano tiene el dinero. Dentro de dos o tres días, en cuanto sea posible darle curso, se le pedirán los billetes y se acabará con él. Tan sencillo: dos pájaros de un tiro. Arellano está nervioso, hace demasiadas preguntas, intuye que algo está fallando, y no se equivoca: ha leído mucho, Arellano, no es tonto, no es inofensivo. César recuerda con cólera a los intelectuales que ha conocido en la organización: eran pocos y todos terminaron mal: muertos, acribillados o torturados. No sirven los intelectuales para esto, se dice César: esto es cosa de hombres. No sabe, no quiere saber, no quiere llegar a enterarse nunca de que la organización, en sus más altas esferas, puede estar regida en verdad por intelectuales, tipos endebles como Arellano, indecisos, interrogativos, y siempre un paso más adelante que los demás. No

son de su mundo, de su raza, de su especie. «Alpargatas, sí; libros, no», recuerda César con una sonrisa. Eran otros tiempos, tiempos en que estaba todo más claro, tiempos en que los intelectuales, todos, formaban en el enemigo; tiempos, también, en que los comunistas no eran, no podían ser, aliados, y nadie, absolutamente nadie, hablaba de socialismo: había otras fórmulas, más familiares, menos temibles: una patria socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana, o económicamente justa, socialmente libre y políticamente soberana, o políticamente justa, socialmente libre y económicamente soberana… En suma: una patria justa, libre y soberana, no importa lo demás, eso era lo que ponía en todos los carteles, lo que decía el macho en todos sus discursos. No había ningún proyecto parecido a una patria socialista: «bolches a Moscú», casi grita César, llevado por el entusiasmo que en él suscita el ensueño del pasado: los faros de otro automóvil que viene de frente le devuelven a su presente: a Arellano, a la necesidad, que no tardará en hacerse evidente, de eliminarlo, de acabar con él, con un elemento que puede llegar a convertirse en un serio inconveniente para la organización: pronto, seguramente,

23.30, Arellano

que lo que ocupa todos sus pensamientos mientras se acerca al lugar en que ha quedado citado con Zubizarreta, es la historia de la muchacha, la historia de la estupidez infinita del compañero Armando y otros fieles de la clandestinidad, la historia de

[Lina]

¿cuál sería su nombre verdadero?: presentada por el inefable Armando con su más selecto tono conspirativo, mintiendo un nombre de guerra para Arellano, quizá también para ella, reuniéndoles porque la compañera no tiene dónde pasar la noche, los pisos a los que ella tiene acceso no son seguros, la casa de Arellano no debe ser conocida por ningún otro miembro de la organización que el propio Armando, Otálora: los imprescindibles —a saber qué significaba el término «imprescindible» en el código del compañero—: reuniéndoles para proponerles, como una celestina, que pasen la noche juntos en un amueblado: es una orden de arriba, se refugia el dichoso Armando, poniendo cara de fraile y mirando el techo del café en que se encuentran los tres:

—Rafael —ha engañado, señalando a Arellano— y Lina —ha llamado así a la muchacha, y se ha perdido en explicaciones innecesarias acerca de las normas de seguridad y otras sandeces que llevaron a la muerte a más de uno y a más de tres, y después los ha dejado solos, para que se las compongan como les venga en gana, o como les parezca posible: él ya no volverá a ver a Lina, puesta en sus manos por esa sola noche, y, en definitiva,

estuvieron solos, la muchacha se le quedó mirando un largo rato, sin atreverse del todo a preguntar lo que, al cabo, preguntó:

—¿Y no vamos a poder decirnos nada? ¿No podré contarte nada mío, ni vos podrás contarme nada tuyo?

—Nada —rio Arellano—: no quieren que nos digamos nada. Tú

serás por siempre Lina y yo por siempre Rafael, a menos que entre la policía en el hotel a pedir documentos: en ese caso, me dirás tu verdadero nombre, y yo te diré el mío, porque lo que ellos hacen es separar a la pareja y preguntarle a cada uno por el otro, para ver si se conocen: el nombre verdadero, el domicilio, y el estado civil. Si la policía no va al hotel, no nos diremos nada. ¿Entendido?

—Sí, sí —convino ella. Arellano la miraba a los ojos, a la boca, a las manos: desmedro, crispación, desgracia: si sobrevivía al desastre, se convertiría en una señora gorda, una idische mame, una mamma napolitana, igual a su propia madre, con idéntico fervor culinario, un fervor nacido en los campos de concentración alemanes o en los oscuros días extrañamente triunfales de la posguerra italiana, y que en la Argentina encontraría origen en las cárceles y los campos clandestinos que ya empezaban a funcionar. Pero será difícil que sobreviva, se dijo Arellano, con la distancia de un científico. Fueron a cenar y hablaron de cosas vagas. Ella pidió un solo plato y casi no probó el vino y fue quien encontró fuerzas para decir—: Vamos; vámonos de aquí. Busquemos ese hotel…

también ella la que dijo cuando se encontraron en la habitación:

—Tenemos que dormir en la misma cama. ¿No vamos a tentarnos? ¿No vamos a hacer el amor? —estaban el uno frente al otro y Arellano no tuvo que hacer otra cosa que inclinarse ligeramente para besarla, e hicieron el amor, como dos máquinas desesperadas en lo hondo del abismo, y dormitaron y volvieron a hacer el amor, y cuando amaneció se bañaron y se amaron otra vez y se vistieron y, antes de marcharse, Arellano puso las manos sobre los hombros de la muchacha y la miró a los ojos y le dijo lo que creía tener que decirle:

—No me llamo Rafael: esa es una invención idiota de conspiradores de segunda. Me llamo Miguel. Miguel Arellano. Recuérdalo bien: Miguel Arellano. Y, si alguna vez te atrapan y te torturan, diles mi nombre. Grítalo. Que no se les olvide que soy su enemigo. Yo estaré vivo, y estaré lejos, y ellos seguirán siendo los enemigos, y tú seguirás siendo la víctima, la víctima de todos. Grita mi nombre. Nada de lo que sucede va contigo, aunque estés convencida de lo contrario: es algo entre ellos y yo, y tú no tienes nada que ver —y ella quiso hablar de la revolución, de la justicia, y él se lo impidió—. Esto —le dijo—, por lo que nos toca, no es el

camino de la revolución, no es el camino de la justicia: es una mentira: nosotros no somos el pueblo, ni las masas, ni una clase oprimida, ni siquiera la vanguardia esclarecida de nada ni de nadie. El pueblo, las masas, las clases oprimidas, en todo caso, en el mejor de los casos, nos están mirando, a nosotros y a los que se suponen enfrente: una representación ante la plebe: eso es lo que estamos haciendo: con hombres de los servicios de información por toda la escena, fingiendo una constante querella. A los espectadores que simpatizan con los malos, se los lleva la mano negra: son las víctimas…

—¿Realmente crees eso? —Lina estaba sorprendida, en verdad sorprendida, ante el discurso.

—Sí —aseguró Arellano.

—No sé si sos un cínico sin remedio, un hijo de puta, o me estás diciendo lo más importante que nadie me dijo nunca. Vos… ¿de qué lado estás?

—Del mío. Y, en parte, del tuyo. Por eso te digo todo esto. Por eso y porque me marcho.

—¿A dónde? —la pregunta, siempre.

—A un lugar en que pueda vivir cierta libertad…

—¿Y hay?

—Sí, hay.

Pero no valía la pena. Lina ya no retrocedería: no le daba miedo volver a su mundo, a la gente de la organización, ni le daba vergüenza estarse allí parada, delante de Arellano: era Lina —o como se llamara— para toda la dudosa eternidad del compañero Armando y de los que, como él, hubiesen optado por las altas misiones del cambio social radical, más allá del método, más allá de la razón y sus indicadores, más allá de los deseos y los reclamos de una voluntad sin control: era Lina —o como se llamara—, con todo el dudoso heroísmo de los héroes anónimos y gratuitos, que no esperan por su obra ni tan siquiera comprensión, ni tan siquiera conmiseración,

la historia de los mártires en general y de los mártires no utilizables en particular: quizás en el momento en que Arellano piensa en ella, ya esté muerta, o en una mesa de torturas, o en el fondo de la tierra, y piense también en él, trate por todos los medios de olvidar su nombre, o lo diga, cediendo a la inquisición del feroz

preguntador, convencida de que se trata de un nombre falso, una segunda máscara detrás de la máscara, convencida de que el discurso de Arellano en el hotel no ha sido más que la bravata de un reclutador de otro mundo, de alguien que pretendía seducirla más allá del sexo, de alguien

[28 de octubre, 1974]

He nacido en otra ciudad que también se llamaba Buenos Aires.

JORGE LUIS BORGES, *La cifra*

00.10, Arellano, Zubizarreta

y ahora, en un momento que no es el menos pensado, que de alguna manera ha sido largamente previsto, cobra sentido para Arellano, un nuevo sentido, nuevo pero que ha estado siempre allí, agazapado, esperando manifestarse, su amistad con Zubizarreta: cobran sentido las noches pasadas en pleno alcohol, sin una mirada, sin una sola mirada para el suelo en que asentaban las plantas: noches pasadas con los ojos puestos en un pasado casi perdido, enteramente compuesto por imágenes borrosas, nombres, rostros, rincones, luces, cantos que de tanto en tanto se elevan a jirones desde el vino: un pasado que se quiere reino del porvenir, un tiempo en que aún no eran argentinos, en que pertenecían por entero a la condición que los amigos reconocen permanente y certifican en el saludo al omitir un nombre que en otros es imprescindible, al decir únicamente «Vasco»: ni Arellano, ni Zubizarreta: tan solo «vasco»: ahora entiende Arellano que lo que ha venido haciendo con su amigo a lo largo de los años ha sido preservar la existencia de un otro en el interior de cada uno, un otro todavía no llegado a Buenos Aires, un otro todavía niño, un otro vivo en el lugar del nacimiento, un otro ya desaparecido para la historia de cada uno, que, sin embargo, subsiste en recónditos puntos de la carne y del espíritu, resulta visible a los demás, se conserva, sobre todo, en la voz, paso singular del aire de un hombre a su afuera, modelado por trazos, por relieves en la húmeda garganta, relieves decididos en el primer niño que se ha sido por el oído imitador que únicamente perece con su dueño: Arellano y Zubizarreta, los vascos, emborrachándose hasta perder la compostura y soltarse a vozarronear letras de una música mal aprendida y peor olvidada, primero en un bar y después en los restaurantes, no hacen sino defender su diferencia, sustraerse por sus vagos medios a la identificación con los habitantes de un país que no deja de sorprenderles y que, no obstante, no llegan a amar plenamente: Arellano ha intentado un amor sombrío con la tierra y ya nada puede detener su marcha, su abandono de todo lo habido:

Zubizarreta, que nada ha tratado de hacer para entender, al menos, por qué se movían otros, que se ha quedado como pegado al mostrador por todas las horas que pasa despegado de la linotipo, no pregunta jamás por las actividades de su amigo fuera de las noches y del terreno de sus aventuras comunes, el barrio español de Buenos Aires, la Avenida de Mayo y sus alrededores: tampoco pregunta más de lo imprescindible cuando su amigo le dice:

—Mañana marcho.

—¿Para qué?

—Un poco de tranquilidad, aire más puro, paz, si quieres…

—Pues mira que allá…

—Es que no voy allá… aunque marche de aquí; lo mismo da: lo de esta noche es una despedida —y se queda mirando a su amigo, buscándole una lágrima que difícilmente derrame en público, es decir, delante de él: y es en ese mirar hondo donde descubre que nunca podrá decirle a Zubizarreta que viene de matar a un hombre, que viene de matar al hombre al que ha matado, porque otros no le preocuparían, le traerían sin cuidado, pero es indudable que el muerto de Arellano no está a su altura, es un cadáver menor, el de un soplón sórdido, de esos a cuya sangre no habría que bajar jamás; sin abrir la boca, Arellano acaba de apartar los ojos de los de Zubizarreta, como para darle una ocasión de cambiar de tema…

—¿Cenamos aquí o vamos de copas por la avenida? —se somete Zubizarreta—, porque si cenamos…

—Vamos —le impide terminar Arellano, volviéndose hacia la parte del mostrador en que sabe que encontrará al patrón, para pedirle—: ¿Me guardará el portafolios? Pasaré a buscarlo por la mañana —antes, en el automóvil que le ha traído, ha probado la llave, y está seguro de que nadie lo abrirá.

—Claro, hombre, traiga. Mañana estará mi socio. Se lo pide a él. Mire: lo pondré bajo la caja. Hay un estante, ¿ve? Aquí lo encontrará —todo esto con sonrisas y gestos de confianza, amable.

—Gracias —dice Arellano—. Vamos —repite, esta vez con el rostro enfrentado al de Zubizarreta, que vuelve a sujetar sus pupilas; para salir de ese pozo, propone una respuesta que el otro no creerá, pero aceptará en nombre de todos los que de Arellano solo conocen esa parte nocturna y extranjera—: ¿Colombia, digamos?

—Colombia, digamos —accede Zubizarreta, triste: lo que sigue es la noche, el paseo aparentemente infinito de siempre: las caras de los conocidos, la gente que obliga a más vino, o a más cerveza, o a más sidra, o a más *whisky*, o a más ginebra, a fuerza de cordialidad, a fuerza de mostrar ganas de que se queden, y después los lugares en que jamás se paga, en que, sin falta, hay quien dice, cuando uno u otro llevan la mano al bolsillo: otro día, vasco, otro día; y, más tarde todavía, unos platos y más bebida, y aclaraciones y relatos de antiguos sucedidos en Bilbao, o en Santander, o en Oviedo, o en quién sabe qué caserío perdido y entrañable, relatos hechos veinte, treinta años después, en busca de una aprobación que, a todas luces y por heroica que fuese la parte del protagonista, no han encontrado en su momento: nunca más va a escuchar Arellano a esos hombres, en esos locales minúsculos en que se encuentran, donde entre un parroquiano y otro parroquiano solo caben gritos, efusiones y respuestas: nunca más va Arellano a entrar en esos sitios donde nadie es desconocido para nadie: nunca más, porque se marcha, ya se está marchando y nadie le ve marchar, excepto Zubizarreta, que le cuida tanto y sabe que es la última vez que le ve allí, sabe que se marcha, que ya se está marchando— ¿A Colombia? A Colombia, —que ya se ha marchado porque es desde fuera, desde lejos, que se está mirando andar, hablar, beber, despedirse sin despedirse, en cada uno de los abrazos que allí se echa con todos por un quítame allá esas pajas,

es una avanzadilla por la madrugada, el paso por el aire de la calle en el tránsito de un bar a otro bar, que lleva a las manos de Arellano un diario de la mañana que aún no se ha abierto: lee sin emoción lo de Otálora. Se está en unos días en que los muertos tienen en su mayoría nombre y rostro, una época temprana y hasta bien recordada en los tiempos que seguirán. Arellano lee lo de Otálora, contempla su rostro sin expresión, algo desfigurado por los puntos grises del grabado y por el extraño ángulo que el fotógrafo policial eligió para retratarlo: arroja el periódico a la calle y toma a Zubizarreta por el codo, guiándole sin vacilaciones hacia la siguiente estación de la nostalgia que nace sin hacerse notar: una copa más, o diez copas más, y otros tantos abrazos con amigos y conocidos y personajes presentados hace un instante, hasta que, por

último, Arellano alza su vaso de *whisky* y sugiere el brindis a Zubizarreta:

—Por ese viaje, Zubizarreta, por ese viaje… —y Zubizarreta enrojece y engulle su *whisky* de un trago y sale a la calle y detiene un taxi para que Arellano se vaya en él a donde se le ocurra, para siempre; y, con la portezuela del automóvil abierta, los amigos se besan: es en el momento de acomodarse en el asiento cuando Arellano ve por fin esa única lágrima de Zubizarreta que le despide…

—Alsina y Urquiza —indica al conductor del taxi, sin saber del todo por qué quiere ir allí, a la casa que fue de su familia tanto atrás, la casa en que fue pequeño y oyó y vio a su prima tocar el piano y se enamoró perdidamente de ella: pero no hace nada por desviar la carrera del coche y acaba por encontrarse ante la puerta, una puerta que ahora guarda las vidas de otros, una puerta a la que hay que dar la espalda para encontrar en toda su luz el edificio del colegio, el

07.30, Arellano

Escuela Normal Mariano Acosta, el edificio en que toman sus clases los aspirantes al magisterio, la institución por cuyas aulas pasaron no pocos de los hombres tenidos por ilustres en la historia breve y brutal de la Argentina moderna —¿acaso fue alguna vez otra cosa que moderna, Marga?—: hay más curiosidad que amor en la visita de Arellano a la casa de la calle Alsina, a la escuela a la que no asistió como alumno, pero cuyo jardín lleno de gatos conoce a la perfección, al bar de la esquina, todavía cerrado, del que poco más tarde saldrá el olor a café con leche y a pastas recién horneadas de todos los desayunos del mundo: hay más curiosidad que amor en esa visita a sitios a los que ya no volverá, a los que sabe que ya no volverá. Se ha acercado a la verja del jardín de la escuela y está intentando acariciar un gato de los que buscan los tempranos rayos fríos del sol de la mañana, cuando una indiscreción de la memoria le retorna el caído cuerpo de López, la ajena carne desfigurada, despersonalizada por la muerte que él mismo le ha dado, un bulto sombrío tendido ante su mirada, tan distinto de la cara de Otálora en la fotografía policial, que Arellano trata de figurarse al oscuro mensajero vencido sobre su propia sangre, elevado al aire gris de la noche por las primeras ráfagas, disparadas de abajo hacia arriba, y abandonado enseguida por el metal y el fuego, desmoronándose sobre baldosas y adoquines húmedos, sucios, la cara, tal vez, o una mano, o un zapato desprendido del pie o con el pie, una parte cualquiera de su ropa o de su piel hundida en el canalón del bordillo, en su arroyo fétido y constante, ligeramente agitado por el borde de una llanta del coche sin placas de matrícula que aleja a sus asesinos y le abandona como se abandona un montón de basura: como abandonarán en una ciénaga, o enterrarán, o cremarán, o echarán a un río, con entera indiferencia, la destrozada humanidad de Lina, destrozada tal vez después de haber gritado en vano, insistentemente, el nombre de Arellano, atada a una mesa enlozada, blanca y con estrías, como las mesas de autopsia, con estrías por las que corren, líquidos oscuros y malolientes, las sustancias cuya

equilibrada unión da lugar a la dignidad, al miedo, al amor, a la vida. Él no quiere presenciar ese derramarse en humores de una esperanza, no quiere que su muerte sea vivida por quienes se la den, quiere morir su muerte en propiedad, atento a la gradual cesación de lo interior antes que a los gestos, las voces, la agitación de lo exterior: gestos, voces y agitación aunados en procura de una más lenta, más dolorosa, más inhumana extinción de su ser. Como para apartarse de sus pensamientos, Arellano se aparta de la verja despintada y echa a andar hacia el norte, hacia la esquina de Urquiza e Hipólito Yrigoyen, donde sabe que estará abierto el bodegón de los asturianos y podrá engullir un café negro y una copa de ginebra. Poco a poco, la zona empieza a llenarse de carreras de niños y de adolescentes lanzados del escaso sueño a la rigidez de los pupitres en nombre de un porvenir que posiblemente no llegue nunca. Arellano entra como con prisa en el local y hace su pedido con los codos apoyados en el mostrador de estaño: traga el café sin ganas, bebe de un sorbo la ginebra y, tras un estremecimiento que viene a dar realidad a su cuerpo, pregunta cuánto debe. Recorrerá con lentitud las siete, ocho o nueve manzanas que le separan de su cita, a las ocho y media, con el compañero Armando, que le colmará de órdenes que jamás se cumplirán y de consejos que jamás se seguirán: es la última cita, la despedida, y el otro no lo sabrá hasta bastantes días después, cuando una ausencia en un control, y otra, y otra, impidan a la organización recuperar el dinero confiado a Arellano: entonces, Armando, el responsable, será convocado por más altas instancias del aparato, se le exigirán explicaciones que no podrá dar, tal vez se le juzgue,

(no eran despedidas, Marga: eran concesiones a la nostalgia, experiencias dirigidas a ponderar con cuánta intensidad podía aún atraerle el abismo de lo pasado: Arellano no quería equivocarse, y cada uno de los pasos dados en aquella jornada, en algunas de las que la precedieron y en las que la siguieron, no hacía sino confirmarle en la decisión de no regresar jamás: los sentimientos —o, mejor, la falta de sentimientos— que en él suscitaban hechos ciertos, como la muerte de Otálora, o probables, como la desaparición de Lina o el castigo inmerecido del compañero Armando, el completo despego con que había acabado a López y la sensación de haber realizado un acto de justicia que tuvo

inmediatamente después, eran todas pruebas de que su partida no solo se había iniciado mucho tiempo atrás, sino que era irreversible, necesaria y reparadora: nada verdaderamente suyo dejaba atrás y, aunque nada verdaderamente suyo se le asegurase en lo futuro, estaba convencido de que valía la pena seguir adelante)

Rivadavia abajo, sin poder evitar una mirada a la plaza, a los parterres calvos, en casi nada diferentes de los que habían sido concebidos en el origen como senderos marcados para el tránsito, al inmenso mausoleo del mulato de apellido gallego que había sido el primero en ocupar el tan inútil como apetecido sillón presidencial, a las atrafagadas gentes que en esa hora perdían el aliento en ascensos y descensos al cabo de los cuales esperaban hallar un espacio mínimo en un vagón de tren o de metro, o en un autobús; sin poder evitar tampoco una mirada a la Antigua Perla, la cafetería en cuyas mesas había pasado tantas tardes y noches consumidas por la lectura, y donde había trabado buen número de amistades. Rivadavia abajo, en busca del Café Garibaldi, donde, además de beber y leer y conversar, cabía jugar a cartas, a dados, al ajedrez o al billar, y contemplar la figura señera del héroe italiano en un cuadro al óleo de pésima factura y gigantescas proporciones, ennegrecido por años de sumisión a humos grasientos y hollines de varia procedencia. Rivadavia abajo, hacia el encuentro con el compañero Armando, que

que, muy probablemente, en el fondo de la decisión de Arellano, la decisión de marcharse, de dejarlo todo y renacer en otro lugar, cambiado en otro, reenalmado, estuviese la figura, para él bien conocida, del compañero Armando, en funciones de cierta responsabilidad en la cadena de mandos de la organización:

[el compañero Armando]

Arellano le recuerda de los tiempos en que se llamaba Isaac Berenstein, mucho antes de que las circunstancias impusieran un cambio definitivo en el rumbo de su vida. Por entonces —tal vez corriera el año sesenta y ocho, o el sesenta y nueve, tampoco eran fechas tan lejanas—, Berenstein vivía con su mujer, Raquel, y el hijo de ambos, Daniel, muy pequeño; Raquel era increíblemente bella y nada casta, pero su marido estaba convencido de que el matrimonio, el hijo y una fortuna no asombrosamente cuantiosa, pero sí estable, bastarían para garantizar su presencia, si no su fidelidad: equivocación terrible que le sumiría en el más amargo de los llantos. Raquel se largó sin previo aviso, llevándose con ella al hijo, en la Navidad del setenta. Berenstein, que hasta aquel día había sido un judío de poca fe y había contribuido con generosidad a sostener la economía del Partido Comunista, por el que sentía un respeto típicamente liberal, en el que se mezclaba la admiración por los hombres capaces de entregar su vida a la lucha por un ideal, se encontró en medio de su camino de Damasco: interpretó la ausencia de su mujer y de su hijo como una señal celeste, y comprendió que debía dar un paso trascendental: se convirtió al catolicismo, tomando el nombre de Pablo en su baustimo, y adoptó una posición política que le puso desde el principio ante la posibilidad constantemente inminente del martirio: una suma coja de populismo peronista, teología de la liberación y resabios

talmúdicos, suma cuyos resultados le lanzaban de cabeza en la lucha armada contra los poderes establecidos: buscó y obtuvo los contactos imprescindibles a través de personas vinculadas en otra época con los comunistas, de las que sabía que se habían radicalizado en sus opiniones: se le dio cierto entrenamiento, se aceptó de él que vendiera todas sus propiedades y entregara el producido a la organización —lo «socializara», fue la expresión empleada por la persona que recibió el cheque—, a cambio de una exigua cifra mensual que le permitiría malvivir puesto de cuerpo y alma en el combate por la causa, y se le encargó de tareas más o menos burocráticas, pero inevitablemente peligrosas por cuanto suponían un contacto permanente con militantes de base, con los que realmente hacían el trabajo, siempre sucio, con los que podían verdaderamente comprometerle. El compañero Armando nació cuando se le recomendó que cambiase su nuevo nombre por otro aún más nuevo, pero no pocos de aquellos con los que trataba a diario, o casi a diario, como Arellano, sabían de él lo suficiente como para echarse a reír ante tan burdo embuste; sin embargo, un muy acusado sentimiento de lástima hacia su persona impedía que la situación se volcara en su contra: nadie le había vuelto a llamar por su nombre, ni le había preguntado jamás por su mujer,

a Arellano empieza a pesarle la falta de sueño, pero se explica con soltura cuando el compañero Armando le pide detalles acerca del dinero: está bien, lo ha contado y ha revisado las fajas una a una, y tiene la maleta a buen recaudo:

—Tendrá que hacerse cargo de él durante al menos tres días; después, alguien pasará a buscarlo, o lo tendrá que llevar usted, ya le diré a dónde y a quién —lo dice sin interés: es evidente que quiere llevar la conversación a otro tema y no sabe cómo hacerlo: Arellano no está dispuesto a ayudarle; finalmente, opta por lo que cree sorpresa—: ¿Vio lo de Otálora? ¿Qué le parece? —Arellano se encoge de hombros: no le parece nada, es un asunto que se sale de su competencia, aunque al cabo le responda:

—Cualquiera de estos días, podemos ser usted o yo…

—No diga eso. Hay que cuidarse —pero está claro lo mucho que le complace la idea del martirio—, hay que cuidarse para seguir luchando por la causa —«¿Qué causa?», quisiera gritarle Arellano: se contiene y hace un gesto al camarero para que se acerque.

—Un café con leche, por favor… Dígame, compañero Armando, qué le parece a usted lo de Otálora: una casualidad, una orden del enemigo, o una orden de la organización…

—Está usted muy equivocado si piensa que la organización puede eliminar a sus propios miembros por semejantes métodos… gangsteriles… en el peor de los casos, si hubiera un motivo muy grave, se estudiaría la situación del hombre, lo juzgarían…

—¿Qué cree que sucedería si a usted se le ocurriera pedirme el dinero ahora, en contra de todas las instrucciones recibidas, y desapareciera, o intentara desaparecer, con él? ¿Cree que le buscarían para juzgarle, que se le daría una oportunidad de defenderse, de explicarse? ¿O que se tomarían medidas inmediatas y se le buscaría para ejecutarle donde se encontrara?

—Quizá sí, trataran de ejecutarme… pero nada de eso sucedió con Otálora: él había cumplido, acababa de dejarle a usted la maleta con el dinero, su parte en toda la operación había terminado bien… estaba libre de toda sospecha…

—¿Libre? ¿A los ojos de quién, compañero Armando? ¿Usted está libre de sospecha? ¿Cree sinceramente que yo lo estoy? Se lo repito: cualquiera de estos días podemos ser usted o yo… —Arellano insiste, con la única finalidad de que unos días más tarde, al comprobar su deserción, Isaac Berenstein cuente con una explicación, vislumbre, al menos en parte, algunas de sus razones: Isaac Berenstein, el hombre que, seguramente, todavía vive en el fondo del compañero Armando—: Si a usted le dijera su responsable: compañero Armando, Arellano es un enemigo… un elemento policial, que conspira contra la organización; si le asegurara que no se trata de una sospecha, sino de algo perfectamente comprobado por personas responsables, y que se ha llegado a la conclusión de que lo más conveniente para la seguridad y el bien de todos es proceder a la aniquilación física del implicado… ¿le creería?

—¡Desde luego! —se indigna sin pérdida de tiempo el interrogado: se indigna Armando, piensa Arellano, Isaac Berenstein procuraría razonar, se convence, antes de seguir hablando:

—¿Lo ve? No haría falta ningún juicio, ninguna reflexión, ninguna consideración previa: usted mismo organizaría mi ejecución —y acompaña su afirmación con una seña al camarero

que cierra de hecho el diálogo.

—Deje, Arellano, pago yo —es todo lo que alcanza a decir el compañero Armando antes de que Arellano se ponga de pie y le tienda la mano.

—Adiós —se despide Arellano.

—Adiós —repite el compañero Armando, o tal vez Pablo, o tal vez Berenstein—; si no hay novedad, la cita es la de siempre: aquí, dentro de cuatro días…

cuatro días, piensa Arellano mientras se aleja en dirección a la salida: dentro de cuatro días habré recorrido medio mundo, compañero Isaac: y a usted le asesinarán como a un perro, o le harán algo peor, mucho peor que lo que le hicieron a Otálora: dentro de cuatro días, a las ocho y media de la mañana, en la cita de siempre, me esperará en vano: y cuando compruebe que yo no voy a llegar, ni tarde, ni nunca, empezará a recordar con todo detalle nuestra conversación de hoy: se lo aseguro, compañero Pablo, va a necesitar mucha fe para pasar la prueba que le espera: el compañero Armando lo sabe mejor que nadie,

09.30, Arellano

bajando siempre en dirección al puerto, por Rivadavia, hasta dejar atrás los restos del incendio, nunca reparado, de la Casa del Pueblo, el amplio y bien construido local que albergó en un tiempo una de las mayores bibliotecas de América, local destrozado y sometido al fuego por bandas enviadas desde las alturas gubernamentales, y que las rencillas internas, las numerosas fracciones en que terminaron, la falta de militancia y la simple incuria de los socialistas han dejado tal como lo abandonaron las llamas; hasta dejar atrás el magnífico palacio de los Dos Congresos, el Congreso, donde, en los raros períodos en que el país goza de gobierno constitucional, entre un golpe militar y otro, sesionan los diputados y los senadores; hasta dejar atrás la plaza del Congreso, donde, desde un lugar discreto, el pensador de bronce de Rodin contempla la Avenida de Mayo y da la espalda a la ciudad; hasta dejar atrás tantas cosas, para ya no volver a verlas

entra al Hispano, donde ha dejado el portafolios hace unas horas, en la noche precedente, donde el portafolios le aguarda, exactamente en el mismo lugar en que fue colocado ante su mirada: Arellano no quiere ser descortés con el hombre que le atiende, un gallego laborioso con el que lleva años discutiendo la situación de España, pero tampoco siente el menor deseo de conversar con él, de modo que le saluda efusivamente, le pide una copa de ginebra y se va a sentar a una de las mesas más alejadas del mostrador para bebería sin salirse de sus pensamientos: el otro no abandonará su trabajo para únicamente cambiar opiniones. A los pocos minutos, Arellano se levanta, se acerca a la caja con un billete en la mano y, mientras recibe el cambio y el portafolios, deja caer un chiste de los muchos que corren acerca de Franco y el brazo de Santa Teresa: inmediatamente después, sale del lugar sin mirar una sola vez hacia atrás,

baja del taxi en la entrada de la Estación Retiro y va al tablero central a comprobar su información sobre el movimiento de trenes

hacia el Norte: en efecto, a las doce, a mediodía, dentro de poco, sale un tren de recorrido increíblemente prolongado y sinuoso que, en unas cuantas horas, le acercará al lugar al que se dirige: un pueblo próximo a Bernardo de Irigoyen y a la frontera con Brasil; podrá dormir durante casi todo el día, sin soltar el portafolios, sentado en un lamentable banco de madera, para estar despejado cuando deba abandonar el tren y tomar un autobús de línea, el primero de los dos que deberá emplear para llegar en el curso de la jornada siguiente a donde, seguramente, ya le están esperando. Gärtner estará al tanto de su arribo y tendrá todo en orden: documentos, transporte, quizás inclusive algún consejo; pensando en que todo eso tendrá un precio, Arellano entra en uno de los lavabos públicos de la estación, se encierra en un camarín, baja la tapa del *water* y deposita sobre ella el portafolios: con el llavín que Dante le ha entregado, lo abre y saca de él tres mil dólares, que se apresura a guardar en el bolsillo interior de la americana. Una mirada fugaz al dinero le obliga a hacer por primera vez una cuenta: quedan cincuenta y siete, piensa. Cierra el portafolios y sale para acercarse a una taquilla y comprar el billete que necesita para iniciar el viaje que finalizará en Italia, en la libertad de Italia —contigo, Marga, contigo, con quien ya tiene una cita en Barcelona—, el viaje que no debía haberse interrumpido nunca, ni tan siquiera

de todas las despedidas del andén, ninguna le pertenece: sin embargo, es quien más se va: tal vez por eso mismo, porque las despedidas son como promesas de reencuentro, promesas de próxima vez. Arellano se sienta junto a una ventanilla y coloca el portafolios entre la pared del vagón y su propio cuerpo: con el codo sobre el dinero, apoya la mano en el saliente de la ventanilla y mira hacia afuera. Podrá dormir y prescindir de los detalles del trayecto. Pronto el vagón se llenará y alguien vendrá a ocupar el asiento de su lado, y el de enfrente: gente preparada para un viaje largo, que llevará comida en paquetes grasientos y que irá comiendo a lo largo del recorrido: pollos asados, carne fría, naranjas, manzanas, pan, huevos duros: cáscaras y pieles y huesos y migas y restos de todas clases se irán acumulando a sus pies: no pasará mucho tiempo antes de que el vagón resulte intransitable y los lavabos estén atascados y

difundan por todo el tren un milenario olor a mierda que ponga a Arellano de punta con todas las expresiones conocidas y por conocer del nacionalismo y de la defensa de los valores autóctonos, etcétera: hay que escapar en este tren de estos trenes, hay que escapar de esta gente acompañado por esta gente, hay que escapar del subdesarrollo atravesando decenas y decenas de poblachos folclóricamente subdesarrollados, en los cuales jamás nadie oyó hablar de la organización ni de sus actividades, con la excepción de algunos incrédulos policías, atentos al paso de jovencitos de ciudad que no justifiquen su presencia en tales zonas: Arellano es hombre de edad y aspecto y vestimenta lo bastante neutrales como para pasar desapercibido por delante de ojos que buscan cabellos largos, mochilas, botas de monte y manos sin callos ni heridas ni fuerza que justifiquen el resto del conjunto. Arellano no llama la atención por su indumentaria, ni teme que la policía le mire las manos, profundamente marcadas por el trabajo: sabe que no tiene nada que temer, que pasado un determinado número de kilómetros de distancia de la capital, las cosas son distintas —no imagina, Marga, lo que sucederá poco después, cuando el ejército se haga con el control de todo el país: sí, sí que lo imagina, Marga, por eso se está yendo de allí, pero sabe que aún es tiempo de hacerlo, y que no habrá mucho más—; por otra parte, está haciendo algo que nadie hace: salir clandestinamente. Los asustados, los amenazados, los discretamente perseguidos, acosados, buscan un pasaporte legítimo, van a la policía y tramitan sus documentos. En general, llegan todavía —mil novecientos setenta y cuatro— a subir a un avión en Ezeiza; pero los hay que no, que no llegan, justamente a causa de su pedido de pasaporte. Arellano se marcha sin que se sepa por qué medios ni por qué vías, valiéndose de relaciones establecidas en otro tiempo y con otras finalidades: Arellano desaparecerá en ese tren, está desapareciendo en ese tren, ¿ves cómo desaparece en el tren?: se va dejando ganar por otro, con una conducta distinta, una apariencia distinta, una actitud distinta: Arellano se marcha, ya se marcha,

[29 de octubre, 1974]

La moral se engaña torpemente si cree que existe por sí sola.

FOURIER, *Teoría de los cuatro movimientos*

19.30, Arellano, Gärtner

pueblos que no figuran en los mapas corrientes, solo conocidos por autoridades responsables —dispuestas a cobrar para ignorar su situación— y por tránsfugas de toda especie necesitados de nuevos nombres, nuevas historias, nuevos rostros, una puerta al mundo: tránsfugas del exterior, perseguidos por crímenes obscenos o por raros actos de pureza por otros execrados, y tránsfugas del interior, acosados antes por la confusión y el íntimo terror que por concretas amenazas de la carne: pueblos próximos a las fronteras, abstracciones temibles a cuyos lados discurren vidas y muertes, abstracciones temibles cuyo cruce puede ser la raíz de un inimaginado amor feliz, puede ser el fin de una pasión infeliz, puede ser el inicio o la terminación de una carrera violenta en las armas, en los sueños, en las palabras: las fronteras, imaginarias líneas tendidas sobre la tierra, solo definidas por la percepción del bien y del mal en una u otra de las partes del universo que separan, percepción del bien y del mal a cargo de las culpas o los méritos de quienes las atraviesan, las dejan atrás, las olvidan, o de quienes jamás las alcanzan, las acarician como soluciones remotas a su dolor, las ven representadas en los planos de carreteras y las suponen verdaderas, tiradas a pluma en medio de una banda de asfalto: hay también quienes llegan a ver el terreno vedado por la ensoñada raya de nada, y caen vencidos, sin fuerza, antes de tocar la ajena tierra, entonces definitivamente ajena,

hombres cuyo pasado, o cuyo presente, o cuyo porvenir, reduce a vivir en pueblos próximos a fronteras, convertida su existencia toda en una huida, dedicados al comercio, a la industria de su saber especializado, profesionales de la fuga en cualquier sentido, sin interés alguno en causas o razones, sin interés alguno en proyectos o propósitos: dueños o usuarios principales de transportes, documentos, horarios y lugares en que la ley queda en suspenso,

conocedores de nocturnidades inofensivas y de condiciones en que decir la verdad, acosados ellos mismos en pasados días y arrojados por la fuerza del destino a esos sitios ignotos en que sobreviven en el centro de un conjunto de circunstancias en muy precario equilibrio: vistas gordas funcionariales, estimaciones acertadas en cuanto a calidades y cantidades en los sobornos, las solicitudes, los saberes, virtud del cálculo exacto de las propias potencias, virtud

el largo camino recorrido en trenes chirriantes y coches desvencijados y camiones rígidos de trasera móvil, entre polvos rojizos de senderos resecos y barro maloliente en las proximidades de esteros y riachos, por aquella selva que era como la imaginación de una selva, toda esa agitación sonora y visual y táctil, deja a Arellano finalmente en el pueblo, minúscula reunión de viviendas ruinosas y construcciones desesperadas pensadas para almacenar alimentos, alcohol y tabaco: el pueblo, una reunión de minúsculos silencios que se suman en uno solo e imponen al visitante un aliviado, descansado asombro: cesan de pronto los ruidos mecánicos de los vehículos, y también el agudo rumor de fondo del monte y no hay voz humana alguna que quiebre tan notable ausencia: callado, Arellano entra al rancho que hace las veces de pulpería, donde hombres callados le miran mientras se arrima al mostrador: ni un saludo, ni una señal de reconocimiento, ni una señal de complicidad: todo sucede en la más entera normalidad, como si todos los días entrasen allí hombres con traje de ciudad y rostro sin sol:

—Ginebra —pide Arellano, sin soltar una sola palabra más: es el otro, el que le sirve, quien ahora pregunta:

—¿Algo más?

—El alemán: avísele que he llegado. Me estará esperando —ni un nombre, ni una referencia precisa.

—Andá buscar al coronel: decile que está acá el de la ciudá —ordena el hombre a un muchachito de pocos años, seguramente hijo suyo, ojeroso y mal nutrido.

—Amigo —el alemán acude con su mejor sonrisa, tendiéndole la mano, como para apartar de Arellano malos pensamientos, recuerdos odiosos de su juventud que el recién llegado conoce de sobra

[Gärtner]

nacido en Frankenthal en 1898;

Statthalter,
Cruz de Hierro de Primera Clase en 1918;
intermediario en relaciones entre empresas y banca, y entre bancos, durante la posguerra: la red de vinculaciones que establece en el curso de esos años y en esas funciones, determinará su suerte posterior;
en 1932 se alista;
en 1944 es elegido para formar parte, visto que ya está decidida la suerte de Alemania en la guerra, de la tripulación de uno de los submarinos que deberán transportar a Suramérica las reservas de oro y divisas de las grandes familias de la industria del Reich: así llega al puerto de Ingeniero White, en el sur de la provincia argentina de Buenos Aires, donde un grupo de hombres, dirigidos por una mujer llamada Eva Duarte, agente al servicio de la Embajada alemana, reciben los bienes y dan destino en zonas del país alejadas de los grandes centros urbanos a quienes allí abandonan definitivamente la nave; a todos ellos se les entregan documentos de identidad previamente dispuestos, en que se les proporciona un nuevo nombre, una fecha de nacimiento aproximada a la real, una profesión —agricultor—, un domicilio —el que tendrán de allí en más—, y la condición de argentinos naturalizados;
en 1945, Gärtner se instala en el poblado en que ahora le encuentra Arellano;

todo esto en cuanto a la historia más o menos visible, aceptable, en última instancia humana, de Gärtner: pocos saben nada en la Argentina de un personaje llamado «el niñero» por sus compañeros de grupo de ejecución: cuando los judíos, o los tenidos por tales, o los sospechosos de haber protegido a alguno de ellos, o todos, judíos y no judíos, por sumarísima decisión, eran sacados de un pueblo y obligados a cavar su propia enorme fosa común, y se les ordenaba quitarse gafas y dentaduras postizas y joyas de toda especie y zapatos, antes de alinearse en el borde de la fosa, dando la

espalda al espacio excavado, para que se les pudiera fusilar de frente y cayesen arrastrados por el impulso mismo de las balas, en obscenas posturas, en la tierra que sería su final descanso: cuando se hacía todo esto y estaba formada la fila junto al tenebroso agujero, con los pies en el borde mismo del tenebroso agujero, y los soldados ametrallaban con furia, desperdiciando disparos, barriendo con sus ráfagas las cabezas y los pechos de varias decenas de hombres: cuando esto había sido hecho y el metal que había buscado el cerebro lo había hallado, como había hallado el corazón el metal enviado en busca del corazón: cuando todos los hombres y todas las mujeres se habían precipitado ya en el hueco dorsal de su oscura muerte, se descubría que la estatura del ametrallamiento había dejado debajo uno, o dos, o veinte niños solos, vacilando entre echarse a correr hacia afuera, hacia quién sabe dónde, no muy lejos, en todo caso, o echarse a correr fosa adentro, en procura de una muerte unida a la de sus padres muertos: en ese instante, Gärtner iniciaba su recorrida por la misma frontera de la fosa: salía al encuentro de los pequeños suspendidos por el dolor y la sorpresa y la indecisión en posturas fijas, inmóviles en el aire raído y cargado de pavor, y los cogía por los cabellos con la mano izquierda, uno a uno, y con la derecha enguantada junto a la sien de su presa, apretaba el gatillo de la Luger: la inevitable eficacia de la diestra facilitaba el gesto siniestro con que arrojaba el cuerpo escaso, aún más menguado por la muerte, súbitamente viejo cada niño en su miedo infinito: si alguna de sus víctimas intentaba escapar, dejar atrás la muerte, todas aquellas muertes, el niñero, Gärtner, le disparaba a las piernas, lo detenía y, con paciencia, iba hacia él, lo alzaba en brazos y lo devolvía a su punto de partida para echarlo en la fosa sin un disparo más, para echarlo al montón de muerte todavía con vida, para que presenciase el resto de la operación desde el fondo, casi desde la nada: Gärtner exterminaba a todos los niños, o los arrojaba heridos al hondón en la tierra, y luego daba orden de que una tanqueta, provista de un barrenieve, en una sola rápida maniobra, cerrara para siempre tan ignominiosa tumba: el niñero había repetido hasta la saciedad su número de verdugo, había conocido todos los campos de exterminio y participado de incontables matanzas

en 1945, al asentarse en el pueblo de ahora, en las proximidades de

la frontera con el Brasil, Gärtner —consciente de que su pasado, y, por ende, su futuro, estaban en manos de otros, lejanos, desconocidos, y era más que conveniente mantenerse en silencio— se dedicó a lo que él mencionaba con el genérico nombre de «el transporte»: el negocio se organizó en torno de otro nazi residente, cuyas relaciones con la policía local eran óptimas: era la misma autoridad uniformada la que le vendía, con todos sus sellos y firmas y señas y contraseñas, pasaportes en blanco: ellos solo tenían que encontrar al comprador y agregar la fotografía y un nombre: el sellp clave, aquel que abarca parte del papel y parte de la fotografía, estaba en poder de Gärtner: el propio comisario de Bernardo de Irigoyen, la más importante población cercana, lo había hecho copiar y lo había entregado al alemán sin cobrar un céntimo por ello: era un tributo a un vencido que venía de luchar por causas que él consideraba justas, a pesar de no ser exactamente un ario puro, vista su evidente ascendencia indígena; por otra parte, Gärtner había resuelto el problema de la fotografía, haciéndose con una antigua máquina de cajón de segunda mano, máquina que habría presenciado y dado testimonio de bodas y bautizos y comuniones de otros tiempos, en regiones del mundo más favorables que aquella a la cordialidad tonta de las familias; los compradores llegaban solos: en Buenos Aires, en Córdoba, en Rosario, había personas dispuestas a contestar preguntas cuyas réplicas llevaban al agujero negro en la selva por el que se podía salir y entrar cuando fuera necesario y se contara con los medios económicos. Crecida la empresa, Gärtner llegó a disponer de pasaportes para casi todas las nacionalidades posibles, fingidas o reales. Miguel Arellano sería otro en sus nuevos documentos, pero seguiría siendo español. Él mismo había ofrecido a unos y a otros los servicios del alemán en más de una ocasión, y nunca había aceptado de él nada a cambio: esta vez iba a emplear personalmente sus capacidades)

Arellano no responde a la sonrisa ni a la mano tendida del niñero: no está demasiado convencido de las razones que le llevan a esa manifestación de rechazo, a esas pequeñas muestras de una inútil dignidad que no pasa de ser un lujo: en sus días de militante censor y moralinista, al enterarse de que la organización se valía de Gärtner para sacar gente del país, y para entrar hombres preparados, había gritado de cólera al inquirir cómo era eso: «él

cobra, hace su trabajo y calla; a nosotros no nos interesa el pasado de nadie», le había dicho su responsable de entonces, el que había precedido al compañero Armando. ¡Qué poco tiempo ha pasado desde ese momento!, se sobresalta Arellano mientras responde a Gärtner, a la palabra «amigo» pronunciada por Gärtner, con menos desprecio y menos sequedad de los que hubiese deseado:

—Confío en que haya recibido mis instrucciones y lo tenga todo dispuesto.

—Sí. La muchacha vino hace dos meses, me dejó su carta y usó de los buenos oficios de mi organización: pasaporte y billete Río-París.

—No me cuente lo que ella hizo. ¿Tiene todo a punto para mí?

—Sí. Bebamos otra ginebra y después vayamos hasta mi casa, ¿le parece? —y, dirigiéndose al hombre del mostrador, el mismo que hace unos instantes ha enviado al muchacho a buscarle—: Más ginebra —pide.

Beben en silencio, sin mirarse, cada uno puesto a sus cosas. Finalmente, Gärtner se pone de pie y arroja un billete sobre el mostrador. Salen del local y recorren unos cincuenta metros por el suelo de tierra seca, resquebrajada y endurecida por el sol, antes de llegar al deteriorado rancho que el alemán señala al decir:

—Mi casa. Pase, pase…

—Gracias.

Arellano entra y se sienta delante de una mesa de cocina que ocupa casi todo el lugar de esa parte de la vivienda, separada de la posterior por apenas una cortina de tul, que no basta para contener los hedores que despide el cubil: sudor agrio y vómitos de borrachera y orines nocturnos acumulados durante casi treinta años. Sobre la mesa hay varias cajas metálicas, de diversos tamaños: es de una de estas que Gärtner saca el pasaporte y el billete de Arellano, un billete Río-Madrid.

—Aquí tiene. Mírelos y devuélvalos al envase. Esta noche pasaremos al otro lado. Iremos en una lancha por el San Antonio y nos podemos mojar. Ahí tiene más cinta aislante. En cuanto a lo que lleva en el portafolios, será mejor que lo meta en un envase igual —lo dice a la vez que tiende a Arellano una caja chata de aluminio, de no más de un centímetro de alto y del tamaño exactamente

adecuado para poner en ella el dinero—: ponga el dinero dentro, pase cinta aislante alrededor y vuelva a meterlo en esa cartera.

Arellano cumple al pie de la letra las instrucciones del alemán. Finalmente, saca del bolsillo de la americana los tres mil dólares que en su momento apartó y se los entrega a Gärtner:

—Esto es suyo. Ahora, deme los cruceiros convenidos —Gärtner rebusca en una caja de madera, destinada en sus orígenes al transporte de frutas y adoptada por último como mueble de escritorio de usos múltiples: del fondo de la caja retira un sobre blanco, alargado, que contiene quinientos dólares en cruceiros: el resto del dinero entregado por Arellano forma parte del pago: con la carta en que se le pedían sus servicios, Gärtner había recibido de Marga— ¿voy bien, Marga? —dos mil dólares más, para la compra del billete y para gastos.

—Parece que está prevenido; o acostumbrado —comenta Arellano, señalando una pila de cajas de aluminio, iguales a aquella en que acaba de guardar el dinero, que se eleva en uno de los rincones de la singular estancia en que el alemán despacha sus negocios.

—Nadie pasa por aquí sin dinero internacional y anónimo, amigo mío —replica el traficante antes de desviar la conversación hacia otros rumbos—. No se moleste, por favor, por lo que voy a decirle: debo saber, para tomar las medidas adecuadas, si le busca la policía en estos momentos…

—No me molestan las preocupaciones profesionales de nadie. Me buscan. No sé si la policía, precisamente, u otros. Tal vez ya me estén buscando todos.

—¿También su organización?

—Ya no pertenezco a ninguna, Gärtner. Pero sí, ellos también. La organización también.

El alemán se hunde en sus pensamientos durante un largo rato, como considerando posibilidades. Arellano, sofocado, dormita.

—¿Qué es lo que se propone esa gente? —pregunta al cabo Gärtner.

—¿Qué gente? ¿La de la organización? ¿La policía? ¿Los de los servicios de información? ¿Cuál? —inquiere a su vez Arellano.

—Todos, ¿no? Para usted, ahora, todos representan lo mismo. Además, soy viejo, Arellano, y he visto muchas cosas: sé cómo se

mueven las organizaciones armadas clandestinas, y puedo adivinar quién las dirige y quién las dirigirá mañana, o dentro de tres días. Todos: la organización en todas sus variantes, ¿qué se propone?

—Lo mismo que usted y muchos paisanos suyos se propusieron en otra época; solo que estos no se atreven a decirlo.

—Lo han dispuesto todo como nosotros lo hicimos en su tiempo. Desde ese punto de vista, han aprendido bien la lección. Pero, al parecer, no recuerdan que fuimos derrotados.

—No les importa ese detalle. Ellos no tienen enemigos poderosos, ni su guerra se libra en más de un frente.

—¿Quiere decir que los van a matar a todos? ¿Para qué?

—No es usted la persona más indicada para hacerse esa clase de pregunta. En todo caso, debió habérsela hecho hace treinta o cuarenta años. Pero yo le voy a explicar para qué: para sacar de en medio a toda una generación, de modo que el país tolere el proceso de concentración; y para terminar con toda izquierda organizada durante un cuarto de siglo, por parte baja. Además, no los matarán a todos: muchos escaparán, como yo o por otros caminos, pero escaparán. Se eliminarán solos, saldrán de la carrera histórica, morirán en otros sentidos, distintos del de la muerte física…

—Y los que queden…

—Ya puede imaginarlo. Nunca les faltó imaginación a los alemanes para estas cosas…

Gärtner sonríe, antes de decir:

—¿Sabe, Arellano, que hace muy bien en irse? Tal vez dentro de un tiempo nadie pueda hacerlo como lo hace usted, borrando sus huellas. Es probable que ni tan siquiera yo me encuentre aquí. Cuando se producen situaciones de esta clase, se suele acudir a los jubilados como yo, gente con una larga experiencia. Se me ocurre que no pasarán demasiadas semanas sin que alguien, sin uniforme, pero con graduación, venga por aquí a conversar conmigo, a tratar de devolverme a mis viejas actividades. Y me parece que, si es así, voy a aceptar.

Arellano se estremece al pensar que el otro tiene razón: que dentro de muy poco, el niñero puede volver a actuar, puede entrar al servicio de otro ejército, de otros mandos, de

[30 de octubre, 1974]

Aquí, de noche, voces desconocidas, luces fantasmagóricas, silencios fúnebres. Es la muerte, que pasa dando la vida.

JOSÉ EUSTASIO RIVERA, *La vorágine*

01.00, Arellano, Gärtner

un río oscuro que desciende, o asciende, hacia uno de los grandes caudales que cruzan la selva hacia el sur, hacia los puertos, hacia las escasas y endebles tentativas de domesticación instituidas por hombres con más coraje que sabiduría: obras de piedra y hormigón y varas de hierro, tristes en su inútil enormidad, opuesta al desborde de lo en esencia desbordado: un río oscuro en lo alto de las aguas, separando, o uniendo, territorios que solo existen en el sueño de los cartógrafos: un río oscuro de muerta ambición y sangre dilapidada en trágicas empresas y poder sin límite de hoscas aguas: un río oscuro en cuyo tránsito el tiempo devora a sus propias criaturas,

en los pensamientos de Arellano se agitan muertos y vivos y muertos que él supone vivos: la imagen de una Lina sujeta por correas a una blanca mesa de horror, con un nombre u otro en la garganta ardida, Lina en el instante mismo de la debilidad prevista, Lina cediéndolo todo, a cambio de unos segundos de inestable paz: el rostro ya borroso de Otálora, en la inexpresión de la fotografía del periódico, quizás el único rostro verdadero de Otálora: y los ojos del compañero Armando, Pablo, Isaac, abandonado por su mujer, abandonado por el mundo entero y decidido al martirio redentor y justificante de todas las faltas cometidas: y la piel clara de Marga, en un punto muy lejano de la otra orilla del río oscuro, la piel clara de Marga en el sol de Italia, de Marga en libertad, de Marga en la libertad de Italia, ese lugar del porvenir que va a explicar la travesía, «lo cammino alto e silvestro»: «Inferno», se está diciendo Arellano cuando Gärtner, el niñero, le saca de sus cavilaciones:

—Usted no va a volver, Arellano —no era una pregunta, era una conclusión—, y no se lo reprocho: en algún tiempo más, no podría ni tan siquiera confiar en mí, pese a nuestra antigua amistad…

—Conocimiento, Gärtner, no amistad. Usted y yo no podemos

ser amigos en ningún caso. Nos conocemos hace mucho, es cierto, y hemos resuelto más de un problema juntos. Pero eso ha sido únicamente debido a que usted era un soldado sin ejército. Ahora tiene uno; en unos meses, volverá al servicio activo: y pobre del que quiera hacer este viaje que yo hago, si no se entera de que usted juega para el lado opuesto. ¿Qué hará, Gärtner? ¿Recibirá a quien llegue y hará la comedia hasta tenerle aquí, para lanzarle al fondo del río? ¿O le ejecutará sumarísimamente, sin esperar órdenes, solo felicitaciones por la eficacia de sus servicios? Porque, como usted bien sabe, vendrán muchos; o tratarán de venir: quizá no lleguen, quizá sean interceptados al ponerse en contacto con los intermediarios, ¿no le parece?

—No. Les dejarán llegar hasta aquí. Es más fácil y más barato dejar para mí el trabajo pesado…

—El trabajo sucio, Gärtner, muy sucio. ¿Espera grandes recompensas, o lo hará exclusivamente por vocación?

—Por amor a un arte, digamos.

El silencio que sigue, disimulado por los rumores del agua y de la selva, devuelve a cada uno a sus cavilaciones: es un grito animal lanzado en lo hondo del monte, un chillido ominoso, lleno de indefensión, lo que pone a Arellano sobre la pista de su propia conciencia, muy alejada del lugar tranquilo de su cuerpo: el aire que la muerte acaba de arrancar de la garganta de una presa, le obliga a reconsiderar la facilidad con que en la noche es posible dar el paso de un mundo a otro, le obliga a reconsiderar la posibilidad de eliminar a Gärtner, algo que viene acariciando desde el momento de su llegada, acariciándolo en silencio, sin reconocer el gesto de su propio interior: finalmente, el mismo Gärtner pone en sus manos la clave del destino inmediato:

—Faltan unos quince minutos —dice—. Cuando estemos más cerca, encenderemos esa luz —señala una linterna sorda, apoyada contra uno de los lados de la embarcación—, y nos responderán desde la orilla con otra luz, fija en el punto al que deberemos acercarnos: el hombre que nos reciba será el encargado de llevarle a Curitiba y, desde allí, a Porto Alegre, donde podrá tomar un avión a Río. Cuando lleguemos a la costa, nos despediremos, Arellano. Creo que para siempre, además. ¿No es así?

—No, Gärtner, no es así —y en los pocos segundos que Arellano

emplea para sacar la mano del bolsillo con su revólver y hacer fuego contra el rostro de Gärtner, este comprende que ha hablado de más, que ha sellado su final hablando del porvenir: el disparo le echa en el fondo de la lancha y allí queda tendido, mirando sin ver las sonoras tinieblas que cubren el río: el niñero ya no pasará más la corriente, ya no guiará a nadie hacia la libertad, ni hacia la muerte, ni hacia la esperanza: tampoco será él quien acabe con las víctimas menores de la guerra que se inicia, pero Arellano no ignora que con su acto no ha resuelto en verdad nada, que el cadáver que ahora alza con esfuerzo hasta la borda, el cadáver destinado a la turbulencia desintegradora de las aguas, deja decenas, tal vez cientos, de discípulos altamente especializados en muertes individuales masivas. Bajo la negra algarabía de la fronda y el tableteo constante del motor que impulsa la lancha, el ruido del arma y el de la caída del cuerpo de Gärtner se pierden en el interior de un cojín de plumas. Arellano mira su reloj: han pasado tan solo tres minutos desde el momento en que el alemán comenzó su explicación: seguirá el mismo rumbo durante otros diez minutos y luego encenderá la linterna,

el hombre de la orilla, otro alemán, al parecer, mucho más joven que Gärtner, le ha recibido en absoluto silencio, sin manifestar ninguna sorpresa al verle llegar solo: le ha ayudado a atracar y a sacar sus cosas, muy escasas, por cierto, de la embarcación, y le ha guiado, abriéndole paso por un sendero, una picada en la espesura, conservada por el uso, hasta un *jeep* de aspecto militar. Arellano ha subido al vehículo por la derecha y el otro se ha puesto al volante sin vacilar: sin vacilar guía por misteriosos caminos que dan la impresión de surgir de la densa nada en cuanto el coche se aproxima. Al cabo de una hora de monte profundo, salen a una extensión llana, muy cerca de cuyo límite se alza una casa de aspecto extrañamente civilizado. El que conduce se acerca a ella a buena velocidad y gira en busca de su parte posterior, donde hay un garaje iluminado y aguarda un automóvil de otras características, algo más urbanas que las del *jeep*: ya hay un hombre esperando en el lugar del chofer, y el que le ha llevado hasta allí le indica con un gesto que tiene que cambiar de transporté. Arellano obedece y se traslada con sus bártulos al otro coche, donde le recibe un hombre

cordial, de sonrisa franca, que le tiende la mano y se presenta:

—Me llaman el Belga —lo dice con marcado acento—, y no mienten: lo soy…

—Yo todavía no sé muy bien quién soy —le responde Arellano estrechando la mano que el otro le ofrece.

—Pues le conviene averiguarlo de inmediato, porque pronto estaremos en Curitiba, donde se comprará ropa más adecuada para su viaje, y luego iremos a Porto Alegre, donde cogerá el avión…

—Tiene razón —dice Arellano, retirando del maletín que le acompaña desde su encuentro con Dante los documentos que Gärtner le ha entregado con su envase metálico: quita la cinta aislante y levanta la tapa de aluminio. Pasa su billete

Río-Madrid

al bolsillo interior de la americana y abre su flamante pasaporte. No le será difícil adaptarse a su nuevo papel. Gärtner ha procedido con inteligencia: se llama Miguel Echavarría, ha nacido en Bilbao en la misma fecha en que Arellano nacía en San Sebastián, está soltero, se llaman sus padres, fallecidos, José María y Carmen Elizalde. No está mal, piensa Arellano: es mejor sostener una situación que se asemeje a la real, que un producto de la ficción pura…

—El envase démelo a mí —ordena, más que aconseja, el Belga —. También el del dinero.

Arellano obedece. Retira el dinero de la caja de aluminio y la entrega al Belga, que la coge, junto con la otra, más pequeña, y los trozos de cinta aislante, y lleva todo al garaje para volver a sentarse al volante. Arellano elige no preguntarse cómo conocía Gärtner la fecha de su nacimiento, y espera con los ojos cerrados, dormitando, el instante de la partida,

03.00. Arellano, el Belga

Arellano intenta anudar una conversación con el Belga, únicamente para mantenerse despierto: historias intrascendentes del pasado, las mujeres, épocas más brillantes de cada uno, cuando ambos andaban por el mundo sin ocultarse y podían entrar en bares sin mirar a nadie, con la presencia de un amigo como único riesgo: el Belga ha recorrido medio mundo, en actividades al parecer no muy lícitas, actividades que él no explica, que pueden ir desde la trata de blancas hasta la trata de negros: los nombres de las ciudades en que ha estado se asocian irremediable, ominosamente, a circunstancias terribles, a situaciones en que los límites de lo humano han sido dejados atrás una y otra y otra vez, a tráficos y a mercancías que solo se realizan y perviven en las sombras: Marsella, Catania, Pretoria, Hamburgo, Asunción, Brazzaville, Saigón, Kinshasa, Panamá: cada palabra referida a uno u otro lugar, por tonta que sea la historia que sostenga el vínculo, cae como una piedra en la conciencia de Arellano: el hombre que le está ayudando, el que le llevará a la tienda adecuada en Curitiba para que compre nueva ropa, el que le dejará en la puerta de vuelos nacionales de Porto Alegre a la hora justa para coger un avión a Río y conectar con Madrid y, finalmente, Barcelona, ese hombre que no le pide explicaciones, pero que lo sabe todo acerca de él, como Gärtner sabía la fecha de su nacimiento, ese hombre cordial que, seguramente, ha sacado del mundo a muchos otros hombres, más parecidos a Arellano que a él mismo, ese hombre es su enemigo: hace todo lo que está haciendo a cambio de tres mil dólares y el olvido: pero él no olvidará: llegará el día en que el Belga vuelva a emplear su nombre y su apellido, su uniforme, quizás, o algún indicador de graduación en una jerarquía más o menos secreta: ahora conduce un automóvil, no está en su función de enemigo: pero no escapa a nadie que lo que está vendiendo en tiempos aún de paz es poder, poder para dar la vida a Arellano o a otro como él, en busca de un territorio neutral, o para quitarla si la hora, a su juicio, lo requiere: Arellano calla, subrayando con una sonrisa tonta

este o aquel matiz de las aventuras sin moraleja que el otro narra: a él se le han ido las palabras, las ganas, la paciencia,

20.30, Arellano

nunca verá de Porto Alegre otra cosa que el aeropuerto, en el que acaba de dejarlo, con su nueva identidad, su nueva maleta, su nueva ropa, el Belga, decidido, al parecer, a regresar sin escalas al lugar del que partieron la noche anterior. Va a coger con toda prisa el billete para el avión a Río: Echavarría, dice con seguridad a la empleada que le pregunta el nombre para apuntarlo en el talonario que le entregará de inmediato: Echavarría: ¿cuántos, y dónde, además de Gärtner, sabrán quién es el dueño de ese apellido, conocerán su itinerario, su proyecto, imaginarán más de lo debido respecto de sus planes o propósitos a largo plazo? El niñero debió de saberlo o de intuirlo todo, aun cuando se le escaparan, en un principio, detalles como el del punto de llegada del viaje, el de los acuerdos establecidos con Marga para cubrir huellas, iniciando en Barcelona, precisamente, lo que allí parecería terminar. Arellano se alegra de haberse mantenido sin dormir durante toda la noche pasada, durante todo el día: de Río a Barajas devorará el vuelo en un solo sueño: no faltará, en todo caso, quien le avise en el momento del aterrizaje: ahora, con todo resuelto y media hora libre antes del embarque, Arellano, o Echavarría, resuelve hacerse afeitar en la barbería del aeropuerto, poner el rostro a tono con la flamante camisa blanca comprada en Curitiba, y sus brillantes zapatos, y su cazadora de piel, y

[31 de octubre, 1974]

Lo que podía haber sido y lo que ha sido apuntan a un solo fin, que está siempre presente.

T, S. ELIOT, *Cuatro cuartetos*

atrás América, abandonada en lo que él vive como un acto de justicia, un suceso reparador, de merecida ocurrencia, y teniendo por delante Europa, el viaje sin fin, la esperanza de un anonimato civil distinto del obligado y espinoso de la clandestinidad: un anonimato en que desenvolverse libre de censuras, en que proceder libre de interpretaciones torcidas, en que equivocarse sin poner a nadie más que a uno mismo en peligro: un espacio en que hacer el amor con mujeres conocidas por nombre y apellido, un espacio en el que un nombre, María, o Piera, o Lina, no signifique más que eso: un nombre, y no una pesada carga de saber, susceptible de ser arrojada para alivio de un tormento allí donde invariablemente sea recogida por los verdugos para sumar nombre y nombrado y atraer al infierno común otro triste en desgracia

—los tristes: una raza, piensa Arellano, recordando a Otálora y al compañero Armando, Isaac, Pablo, y recordando a Juan Esteban, un negro triste que cebaba los mates con ginebra en las noches más difíciles de Montevideo: una raza afín a la de los clandestinos, piensa Echavarría: todos los clandestinos andan por las ciudades como tristes, acresponados, mustios, percudidos, con el pelaje manchado, sin gritos, sin manifiestas indignaciones, bajo severo control, bajo tolerancia acaso: y es por esta vía asociativa que entra en su entresueño la impresión de hallarse perpetuamente vigilado que le ha acosado durante todo el último año en Buenos Aires, entra y se instala y le pone alerta y le obliga a mirar con precaución a la oscuridad de la cabina del avión, la oscuridad artificial que le rodea, y le obliga a levantarse de su asiento y a ir al excusado sin necesidad, solo para tratar de adivinar en esa sombra brillante que lo esconde todo, un rostro, una postura, un perfil o una oreja vistos ya en otra ocasión: vuelve a sentarse cinco minutos después, sin haber comprobado nada, pero con la firme convicción de que no viaja solo: algún

triste, algún clandestino de los que se han quedado en el otro lado, se ha echado tras él—,

otro vencido, otro horroroso vencido: no hay belleza en la derrota, no hay hermosos vencidos: tampoco los vencedores son siempre bellos: no lo son casi nunca: han vencido pasando por encima de otros, el odio ajeno les tuerce el rostro, les desfigura la sonrisa: ¿y los vencedores con los que triunfa la justicia?: Arellano sabe que no es ese el camino para su existencia: él lo ha dejado todo atrás, aun la necesidad de justicia, aun la necesidad de vencer, y no puede hacerse ahora las preguntas que se respondió hace años con dolorosos resultados: ni los vencedores ni los vencidos que quedan a sus espaldas le parecen hermosos, ni las causas que se le ofrecen le parecen causas justas

—en nuevo entresueño asoma el ojo vigilante, recordatorio de lo que ha sido, un ojo inquietante, que él creía desaparecido, hundido quizás en la frontera misma, en las aguas que aceptaron el cuerpo muerto de Gärtner: hundido quizás antes, destrozado en la sien agujereada de López, uno de sus portadores: el ojo vigilante desaparecido, borrado con la vida de la mirada ausente del Otálora de los periódicos: un ojo vigilante, presente en la cabina del avión, para impedirle olvidar todo lo vivido, para impedirle pasar del entresueño al hondo dormir del despreocupado: un ojo: ¿de quién?: ¿mirándole, observándole, para quién?: ¿hasta dónde?: ¿para qué?—

las causas justas: los vigilantes al servicio de las causas justas: los vigilantes al servicio de la causa popular, naturalmente encarnada en el general recientemente desaparecido, pero que sobrevive sin desmedro en sus sucesores legítimos: y Arellano, Echavarría, piensa en lo mucho que ha vivido dependiendo de decisiones de aquel general, en lo raro que sería que la dependencia cesara bruscamente, de acuerdo con sus planes y deseos, en lo sensato que parece que haya alguien tras sus pasos, aun cuando solo sea por perseverar en las costumbres: Echavarría tendrá que aceptar la presencia de alguien tras sus pasos, una sombra más, si quiere seguir conservando la cordura: tiempo habrá para sacar de en medio al personaje en cuestión

—rendido a las circunstancias, a la evidencia de su impresión, Arellano cae por último en el sueño, en el vacío,

en el viaje,

y lo que sigue es el aeropuerto de
Madrid-Barajas,
pasajeros que tengan intención de conectar con otro vuelo, etcétera, hacerse con la maleta, pasar aduana sin siquiera abrirla, sin que nadie pregunte por el maletín —todavía se pasa por aeropuertos con dinero grande y armas pequeñas, los controles no son constantes, Arellano no ha querido deshacerse de su revólver—, cambiar mil dólares en pesetas, desplazarse a la terminal del puente aéreo y comprar un billete abierto, nombre: Echavarría, Miguel, con perfecta soltura, coger un taxi e indicarle que no salga hacia Madrid, al contrario, que se aleje de Madrid, que busque un área de servicios en la autopista en que haya hotel, pagarle, alquilar una habitación, tomar un café con leche y un bocadillo de jamón, dos valium, e irse a dormir: por la mañana, o la tarde, siguiente, un baño, aspirinas, más café, avión, Barcelona,

[1 de noviembre, 1974]

Mi primera sensación al bajar a tierra y encontrarme en la Península no fue en modo alguno favorable.

GEORGE BORROW, *La Biblia en España*

19.00. Arellano

Barcelona, en un atardecer frío, el autobús de Iberia que todavía llega a Plaza España, donde hay consigna —aún no ha sucedido lo de Bolonia, Marga, y nadie desconfía de las maletas ni de los paquetes que alguien quiere dejar en depósito—, y desde Plaza España hasta Universidad en el metro, demostrándose que sigue reconociendo la ciudad, que puede andar por ella sin vacilaciones y utilizar los transportes públicos como cualquier residente, a pesar de que han pasado cuatro años, y cuatro años son mucho tiempo en la vida de cualquier hombre, y han representado muchísimo más en la de Arellano: ascenso en Universidad para buscar las Ramblas por Pelayo, beber una copa de cognac en el Zurich y una jarra de cerveza en la Heidelberg, y hacer todo el paseo hasta el final, hasta el mar, pasando por delante del hotel en el que se albergará más tarde, sin hacer caso, pasando por delante de las putas de la Plaza del Teatro y de la boca desdentada, triste, perversa, de la calle Escudellers, pasando por delante del Museo de Cera al que nunca entró, detenerse finalmente en el quiosco de bebidas del último momento de la tarde en ese camino, hacerse servir allí más cognac, paladearlo con los ojos puestos en el trozo de mar ahogado por los combustibles de las naves, el trozo de mar por el que a esa hora persisten las barcas en su ir y venir hacia y desde la punta del Rompeolas, las golondrinas con su carga de turistas y barceloneses aburridos, que repiten su recorrido hasta el hartazgo: paladear el cognac y sentirse vivir en la ciudad conocida, convencerse de que ya ha sido recibido, aceptado, que nada hay de hostil en las gentes, que puede quedarse, que el lugar es el indicado para la espera: pagar por el cognac y parar un taxi delante de la Iglesia de Santa Mónica para retornar por el Paralelo a Plaza España, recoger el equipaje y hacerse llevar nuevamente a las Ramblas, esta vez a la puerta del Hotel Oriente, reclamar la habitación reservada —reservada por ti, Marga, telefónicamente, desde París, quizá— y

subir a instalarse en ella, a ducharse, a cambiarse de ropa, iniciar la espera en una ciudad que mañana estará desierta por el Día de los Muertos, que se suma al fin de semana, iniciar una espera que no tendrá respuesta inmediata, que no será aliviada por llamadas, anuncios de viajes, besos, te quiero, qué bueno saber que ya estás allí, besos

23.00, Arellano

espera difícil de pasar, con solo la ayuda del cine; ni siquiera valdrá la pena intentar la lectura: el esfuerzo será vano/no podrá concentrarse, percibirá al cabo de buen número de páginas que no ha leído nada, que ha sido otro, un otro que no comparte con él la memoria, el que ha vuelto las páginas, el que tal vez haya entendido; mejor los largos paseos, las visitas de reconocimiento a Gaudí, al barrio gótico, a Santa María del Mar, un ir a decir: he regresado, estoy aquí, por poco tiempo, pero estoy aquí: pronto estaré en Italia, no me voy a detener demasiado en Barcelona: pronto seré definitivamente libre, otro: un español con algún dinero, no un gran capital, que desea establecerse en una ciudad pequeña, en un barrio apartado, un hombre que anhela tranquilidad: la libertad de Italia, la tranquila vida que allí se sueña: la espera, la segura llegada de Marga —tú ya estarías en camino, ya estarías despidiendo París, preparando la maleta, viajando—, los entretenimientos del corazón, el repaso de antiguos amores, los rostros no pensados desde hace tanto: no es posible pensar cuando se está en medio del miedo, en medio de una amenazadora estupidez generalizada que convierte a todos, sin excepción, en guardias o en ladrones: el propio rostro de Marga, no recordado, no pensado sino como consuelo ocasional a los tormentos de la incertidumbre, y pensado entonces en su condición de rostro ausente, de rostro ya a salvo, de rostro prometedor de porvenir, vida, camino, pensado como rostro de la salvación tan lejana, tan lejana siempre, tan lejana todavía, cuando se la tiene al alcance de la mano, unas horas de tren, o de barco, o unos minutos de avión, otro país, otro mundo, otro tiempo, una existencia en perpetua libertad, tan lejana, tan

[2 de noviembre, 1974]

io mi cresco un male da vivo que a mutare ne soffre anche la carne

QUASIMODO, *Oboe sommerso*

01.00, Arellano, otros

después de una larga caminata en pos de lugares amados y de un cansancio al parecer inencontrable, la travesía que reclama el llegar al Hotel Oriente, el reencuentro con la espera en el mismo lugar en que la espera debe resolverse, la indeseada intimidad con la sordidez agresiva del barrio, la hora

—nocturnidad alcohólica, ablandamiento de los controles que en lo habitual impiden el crimen, sordidez agresiva del murmurado discurso de las prostitutas, rodeado de guiños y visajes solo significativos, reveladores de habilidades o debilidades, para los clientes de costumbre, sordidez agresiva de los forzadamente alegres bebedores de las barras incómodas y mal conversadas, sordidez agresiva de los peleadores impenitentes, cada día reducidos y cada día recobrados y lanzados a la pesca de nuevos enemigos, sordidez agresiva del conserje del último turno, manifiestamente suspicaz y poco amable con los pasajeros, en particular los españoles, sordidez agresiva de los ascensores, con insostenibles restos de un lujoso pasado en los dorados sucios y el metal maltratado—,

la habitación, la ya escasamente tolerable soledad, apenas sobrellevada en los últimos meses: Arellano saca de la bolsa de plástico en que la ha traído —comprada en humosa bodega—, la botella de cognac, y se sirve generosamente en el vaso de vidrio grueso y rayado que hay en todas las habitaciones de todos los hoteles del mundo: enciende un cigarrillo y se sienta en el borde de la cama para quitarse perezosamente los zapatos, el jersey, la camisa, y pensar en la ciudad que ha visto, y en las que verá: ciudades que ver sin ser visto en ellas, ciudades para la contemplación a ocultas, ciudades para ser en sus calles un desconocido, un olvidado, un hombre vivo: Arellano se levanta para terminar de desnudarse, enjuagarse la boca, tomar agua para serenar el trazo ardiente que de la lengua al estómago le han dejado

las muchas copas del día, tragar un valium, mirarse en el espejo, echarse, por fin, a dormir, cuando suena el teléfono: se acerca al aparato con encontrados sentimientos, tratando de no dejar espacio ni tiempo a ninguna idea, con alegría ante la posibilidad de que ese timbre anuncie la llegada de Marga, con angustiosa alegría ante el inmediato futuro, tan furiosamente buscado, tan laboriosamente atraído, tan endeble, tan en las sombras:

—Sí… —y es casi un grito, al que tiene que contestar una voz de mujer, al que tiene que contestar la voz de Marga, al que no puede contestar otra voz que no sea la de ella, porque nadie más que ella sabe en el mundo dónde está él, nadie más que ella puede llamarle…

—Arellano —y es una voz de hombre, una voz desconocida—, ¿o prefiere que le llame Echavarría? —y en la interrogación se define el acento, que no es español.

—Lo mismo da, ¿no le parece? —es el fin, y lo sabe, y se pregunta si valdrá la pena ganar tiempo, estirar el plazo, tal vez, hasta que Marga esté allí: pero esa espera puede ser la muerte para ella, quizá no cuenten con Marga: pero si ella aparece allí antes de que los visitantes terminen su trabajo, la quitarán de en medio—. Si somos conocidos de… antes, prefiero que me llame Arellano; pero la decisión es suya. ¿Qué quiere?

—¿Para qué cree que vine detrás de usted?

—¿Está cerca?

—En el vestíbulo del hotel.

—¿Quiere subir, o le va mejor que yo baje?

—Subiré. ¿Está armado?

—Sí, pero no me voy a defender, no tiene sentido… suba.

parsimoniosamente, como confiando en que el otro, o los otros, suba, o suban, muy despacio, tomándose todo el tiempo, sin ansiedad, sin agitarse, Arellano va a abrir la puerta: la deja abierta y retrocede para sentarse en el sillón que está exactamente delante de ella: desnudo, con su ridículo revólver en la mano derecha, aguarda: son dos hombres y traen grandes pistolas con silenciador: como confiando en un milagro, Arellano hace fuego, a quemarropa, en cuanto los tiene a la vista: la bala que le atraviesa la frente es como una prueba de la inutilidad de todos sus esfuerzos, de todos sus deseos, de todos sus

02.00, Marga

en Cerbère, cambiando de tren, llegando a España después de haber atravesado un país en que los rieles estaban tendidos sobre el agua, en que nada se parecía a nada de lo que hasta entonces había visto en el mundo, en que la luz, aun en el crepúsculo, como a ella le había tocado presenciarla, daba un aire a las cosas, a los rostros, a las manos de las gentes, un aire celeste: Marga acercándose, mostrando su pasaporte, su equipaje, sus deseos, su prisa, sin contar con nada de lo que iba en verdad a encontrar: nada: sangre y nada: un cadáver tendido en la morgue de la calle Casanova: el cadáver inexplicable —¿inexplicable, Marga?— de Miguel Echavarría: la muerte, en su aparición siempre inoportuna, siempre fugaz: la muerte de Arellano y de un sueño, de una imagen de la vida, posible, alcanzable: sesenta, o casi sesenta mil dólares sin dueño, requisados por la policía, por los que no podría reclamar: Marga en Cerbère, sin saber que marcha hacia su propia soledad, creyéndola poblada, convencida de que es presente lo que hace pocos minutos, en Barcelona, ha empezado a ser pasado, convencida de que es futuro lo que hace pocos minutos, en Barcelona, ha dejado de existir junto al hombre que lo encarnaba, que lo había creado, que se lo había prometido, convencida, Marga, pobre Marga, de que todo va a salir bien, cuando, hace pocos minutos, en Barcelona, todo se ha echado a perder sin remedio, sin vuelta

Barcelona, 4 de abril de 1984

II. Postfacio

La libertad de Arellano

Por JUAN LUIS CEBRIÁN

Durante muchos años de mi vida, una pesadilla me ha acompañado insistentemente en el sueño. Prisionero de un pelotón de fusilamiento, yo caía bajo el fuego a la orden del oficial que lo mandaba, y era yo mismo uno de los soldados que me ejecutaban. No sé de dónde puede venirnos a los españoles, y a nuestros herederos de la América Latina, esta pasión por la muerte que nos envuelve, pero la lectura de *La libertad de Italia* me ha servido para retrotraerme a aquellas pesadillas, de un modo redivivas en la figura de Arellano, víctima y verdugo de su propio deseo de purificación.

Los argentinos y los españoles de mi edad estamos casi acostumbrados a la convivencia con el terror político. La persistencia de su acción, y la fragilidad de los análisis que se hacen en torno a sus motivaciones y objetivos, han llevado a desesperarse a muchos ciudadanos. Educados en unos ideales concretos de paz y solidaridad, difícilmente podemos admitir que la violencia sea otra cosa que un método, para rechazarlo o para utilizarlo, pero nunca un fin en sí mismo, un sistema de vida. De todas maneras, la muerte nos parece algo natural y urgente, imposible de ser aplazado o de luchar contra ella. Creemos demasiado en el más allá, incluso si se refiere a un más allá exclusivamente historicista, para perdernos la satisfacción de quemarnos a lo bonzo y disfrutar con las imágenes de nuestra hoguera y de nuestro epitafio.

No sé si el relato de Vázquez Rial está inspirado en hechos y personajes reales —inevitablemente supongo que sí—, pero me parece lo de menos, porque son desde ya, desde que él los ha escrito, personas y sucedidos auténticos. Acostumbrados a interpretar el terrorismo de acuerdo con los titulares de los periódicos, nos olvidamos con frecuencia de las características prosaicas de quienes lo protagonizan. Ni son héroes, como ellos mismos pretenden en ocasiones erigirse, ni bestias, como los políticos establecidos se empeñan en definirlos. Arellano, Otálora,

López, Armando, son viejos conocidos nuestros. Mueren y matan desde hace siglos en el teatro del poder, y no podemos estar seguros de que no sean nosotros mismos, una parte de nosotros, enterrada, olvidada o sojuzgada a duras penas. La experiencia nos ha enseñado que los profesionales del terror, sea el terror revolucionario, sea el terror de Estado, son siempre unos aficionados, personas corrientes disparando una Luger.

¿Y puede el terror ser, en realidad, revolucionario? Las revoluciones por excelencia así lo han entendido. El Terror es formalmente un período histórico alumbrado por la francesa, y es fácil identificarlo de igual modo durante la etapa estalinista en la Rusia soviética. La Historia no ha sido severa con los asesinos que triunfaron; fue inmisericorde, en cambio, con los perdedores. Pero la Historia la escriben siempre los otros, los que no optan ni por la fuga ni por la muerte, sino por contemplar el espectáculo desde la platea, miembros de una multitudinaria *claque* que aplaude según la batuta de su jefe.

Arellano remeda a Dick Turpin asesinando a López o a Gärtner, lavando con sus muertes todas las muertes que ellos provocaron. Es como si dijera: «No soy un simple ladrón que corre con el dinero a esconderse en alguna parte. Tiene un sentido lo que hago, y no me iré de vacío de este mundo». Esta obsesión religiosa por llegar con algo en las manos al juicio universal que nos espera, esa pasión por la supervivencia del honor, de la memoria, o siquiera del reconocimiento del deber cumplido, es lo que ha llevado a tantos a aceptar sin remilgos que el fin justifica los medios. Si el fin justifica los medios, no vencerá la batalla el que más razones aporte, sino el que más rápido y más veces dispare. Dominará sobre un montón de muertos.

Por lo demás, una novela no tiene por qué dar respuesta alguna sobre nada. La historia de Arellano es la de un hombre en fuga, acosado por el miedo que su propia condición le inspira. La muerte no es para él un castigo, ni siquiera una interrupción de su proyecto, sino la manera más rápida, fácil y cómoda de llegar a *la libertad de Italia*. Millones de personas emprenden a diario similar peregrinaje, con menos munición en la canana y menos dólares en el portafolios. Pero solo llegan a la meta los que aprenden a tiempo que la libertad es una pasión personal e intransferible, no ubicada

allende los océanos, sino en un tímido rincón de nuestras vísceras.